

En el Cajón del Melado

Seis horas más y apeamos maravillados ante las “piedras marcadas”, ruinas de un altar de sacrificios de quién sabe que civilización india. Allí la roca más grande, rectangular y con jeroglíficos donde se destacan figuras de hombres y de animales. Gastadas por los siglos, pero perfectamente conservadas de la desintegración. Otras rocas más pequeñas introducen al intruso a un rito misterioso.

Movemos algunas, con la ilusa pretensión de encontrarnos con una momia o un objeto cualquiera.

¿De qué augustas regiones vinieron los indios a sacrificar sus víctimas para los dioses de entonces?Una interrogante que nos deja anonadados, porque no tiene respuesta, al menos hasta el presente. Y cavilando ¿ haría cambiar el curso de nuestra historia si se descifrarán las escrituras?... Misterio que las piedras procuran silenciar en su posición eterna. Atestiguando el acontecer sangriento de un pueblo extinguido hace miles de años.

Ah¡ !Bienaventurados los sabios y los que en otro espacio sagrado conocen la historia de estas piedras. Nos queda solo el consuelo de que al morirnos, también conoceremos sus secretos...

ARTE RUPESTRE DE LA CUENCA DEL CALABOZO

Difusión del Arte Rupestre de la Cuenca del Calabozo
Región del Maule - Chile

Pablo González Bravo | Alejandro Morales Yamal | Rubén Stehberg Landsberger



Proyecto financiado por el Fondo Nacional
de Desarrollo Cultural y las Artes
Convocatoria 2021

Difusión del Arte Rupestre de la Cuenca del Calabozo

Región del Maule - Chile

Pablo González Bravo
Alejandro Morales Yamal
Rubén Stehberg Landsberger

Registro de Propiedad Intelectual N° 2023-A-6883

ISBN: 978-956-414-898-4

Primera edición: 670 ejemplares

Talca, junio de 2023

Diapositivas Guaiquivilo, comuna San Clemente, H. Niemeyer, 1960 - 1970s.

Negativos Guaiquivilo, H. Niemeyer, 1969

Imágenes Cuaderno de Campo CC107

Colección Museo Nacional de Historia Natural, Chile.

Fotografías:

Franco Catellani Alegría

Imagen de portada:

Writing and movement II

Jacqueline Unanue

www.jacquelineunanue.com

Diseño y diagramación

Luz María Gutiérrez Tapia

Impresión

SANTAL - Talca

Impreso en Chile - Printed in Chile



Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes. Convocatoria 2021



MAULE
PROFUNDU



Índice

PRESENTACIÓN

- Acerca del libro, autores y el Arte Rupestre** 6
Pablo González B
- Mi encuentro con el Arte Rupestre** 10
Jacqueline Unanue

I PARTE: ARTE RUPESTRE Y TERRITORIO 15

- La travesía de los primeros maulinos** 17
Alejandro Morales
- Calabozos: Arte Rupestre, espacio y tiempo. Una mirada relacional hacia la producción de grabados Guaquivilo en la Cordillera de la provincia de Linares, en los Andes Meridionales de Chile** 20
Ángel Bravo
- Indios Ambulantes o Montañeses. Aproximaciones a una banda Cazadora-Recolectora en la región del Maule** 30
Pablo González Bravo

II PARTE: TRABAJO DE CAMPO 47

- La Expedición a Calabozos** 48
Rubén Stehberg
- Acerca de las Notas de Campo/Bitácoras** 71
Libro bitácora de Hans Niemeyer

III PARTE: APROXIMACIONES INTERPRETATIVAS AL ARTE RUPESTRE DE LA CUENCA DE CALABOZOS 101

- Caracterización e interpretación del Arte Rupestre de la cuenca de Calabozos** 102
Alejandro Morales

IV PARTE: PROYECCIONES ACERCA DEL ESTUDIO DEL ARTE RUPESTRE EN LA CUENCA DE CALABOZOS 115

- La puesta en valor** 116
Alejandro Morales

PRESENTACIÓN

Acerca del libro, autores y el Arte Rupestre

Pablo González Bravo

La presente obra se desarrolla en el marco del Proyecto denominado “*Difusión del Arte Rupestre de la cuenca del Calabozo. Región del Maule – Chile*”, financiado a través del Fondo de Desarrollo de las Artes Fondart Regional en la línea de difusión, convocatoria 2021. El propósito del proyecto es indagar, sistematizar y difundir las características del arte rupestre en la cuenca de Calabozo (Melado), en términos de sus interpretaciones semánticas, etnográficas y geográficas del territorio, considerando un enfoque holístico y multidisciplinario, a partir del análisis crítico desde disciplinas como la Antropología, Arqueología e Historia. Uno de los aspectos más relevantes de la iniciativa es difundir el arte rupestre de la cuenca del Calabozo a través de su significado cultural y geoespacial.

El Libro presenta sus contenidos en cuatro apartados bien delimitados donde se plasma el sentido y carácter de cada autor y su relación con el objeto de estudio, confluyendo en un relato común que trasciende en algunos casos las miradas disciplinarias e interdisciplinarias dando un sentido más amplio acerca del objeto/sujeto investigado, en este caso el monumental arte rupestre de la cuenca del calabozo, instalado allí por cientos de años y que de no ser por este tipo de estudios corren el riesgo de desaparecer, un acontecimiento que pudo haberse aplazado de forma natural, está condicionado en la actualidad por procesos de aceleración producto de acciones antrópicas que amenazan constantemente su existencia.

No hace falta aquí referirse a cada uno de los eventos acontecidos y su impacto en el arte rupestre del Maule (destrucción, desplazamiento, intervención a sus diseños), estas obras milenarias que se han mantenido poco estudiadas en nuestro territorio, al parecer han permanecido en un estado denominado por algunos investigadores como Hiato o silencio arqueológico, algo sucedió en esta zona del Chile Central que resultó impenetrable para los científicos.

Previo a la descripción de cada uno de los capítulos que conforman el libro, se presenta uno de los hallazgos más preciados en esta búsqueda constante y casi frenética por darle sentido y significado al arte rupestre en la región del Maule. Jacqueline Unanue es una invitada especial que nos aporta en su relato imágenes y contextos donde el arte rupestre adquiere mayor sentido, nos remonta a un viaje íntimo, infinito, con recuerdos vivos, reminiscencias de procesos que se construyen a través de múltiples senderos, con accesos, pero también con salidas, con personajes que se encuentran y reencuentran en un ritual que gracias a su generosidad nos hace partícipes, comparte con nosotros, y nos convierte, como ella misma lo indica en su relato, en un discípulo

más, del arte rupestre, de Hans Niemeyer y ahora de su propia obra, una hacedora de símbolos, una destacada artista chilena que expone permanente en Filadelfia.

Es un libro diseñado para compartir con todos y todas, fruto de conversaciones, de sueños, de escuchas (aunque llevamos un tiempo en esto, siempre nos sorprende Calabozos), hay que vivir la experiencia, el estar allí, como lo plantea Gertz. Sabemos de lo difícil que resulta viajar y acceder a la montaña, por eso imaginamos este Libro-Guía, un vínculo entre texto e imágenes que se confabulan entre sí para generar una invitación al territorio, al arte rupestre y a las poblaciones prehispánicas que habitaban esos escenarios.

En cuanto a su contenido, el libro guía se transforma en un lugar donde se comparten muchas ideas, conceptos, emociones, percepciones y significados, pero también disienten en estilos y perspectivas propias de enfoques disciplinarios e interdisciplinarios, el desafío a futuro es lograr trasgredir estos límites y afrontarlos desde perspectivas transdisciplinarias para convertir esta experiencia en un espacio memorable. En este contexto y desde miradas múltiples el libro busca aproximarse a estos escenarios complejos y orientar sus contenidos y aprendizajes a través de un hilo conductor, una viga maestra que le dé un mayor sentido y consistencia al relato. Unos de los componentes que contribuye de forma significativa a esta presentación fue el acertado complemento fotográfico que acompaña los textos, Franco Castellani logra articular elementos comunes entre imágenes y textos que motivan e inspiran mente y espíritu en un intercambio permanente de sentidos que permiten ampliar nuestro horizonte interpretativo.

La participación de diferentes actores involucrados que hicieron posible este proyecto, son muchos, fue una experiencia muy enriquecedora, a todos ellos y ellas infinitas gracias... A Oriel Muñoz por su aporte en la logística del Viaje, a Frank Holl, por su esmero en nuestra alimentación y alojamiento, a nuestro amigo Francisco Gajardo, quien como gran arriero nos supo encaminar por los senderos del valle de calabozos y el melado, al Museo Nacional de Historia Natural, en especial a Francisco Garrido, Curador Asociado Área Arqueología y cada uno, un fuerte abrazo de gratitud.

En relación con la estructura del libro, este cuenta con cuatro partes, en la primera parte denominada, Arte Rupestre y Territorio, un desarrollo de narrativas y relatos en torno al Contexto Territorial y Patrimonial. Alejandro Morales, a través de su texto denominado Travesía de los pri-

meros maulinos nos describe una aproximación a las trayectorias de los primeros habitantes de la región del Maule, desde el punto de vista material, espiritual, religioso, y nos brinda una breve caracterización de sus modos de vida y las estrategias que empleaban estos grupos humanos para apropiarse culturalmente del territorio, elementos como el agua, los ríos, las montañas son esenciales para comprender su existencia.

En el caso de Ángel Bravo, presenta un relato denominado Calabozos: arte rupestre, espacio y tiempo. Una mirada relacional hacia la producción de grabados Guaquivilo en la Cordillera de la provincia de Linares, en los Andes Meridionales de Chile. Ángel nos aproxima al sitio de Calabozos desde una perspectiva relacional del arte rupestre, de sus creadores y el paisaje que se despliega como resultado de estas interacciones. Además, nos plantea una metodología compuesta por cuatro escalas de análisis para abordar las relaciones que allí se despliegan entre los entes humanos y no humanos de Calabozos.

En el relato que nos plantea Pablo González, denominado Indios Ambulantes o Montañeses. Aproximaciones a una banda Cazadora-Recolectora en la región del Maule, descubriremos ciertas vías para lograr un análisis y comprensión de los grupos humanos que habitaron el territorio a partir de la producción de una línea base que permita su conocimiento e investigación a través de perspectivas etnográficas y etnohistóricas. Esta vía incorpora la exploración y el registro de evidencias, desde enfoques multidisciplinarios que permiten descifrar las diversas manifestaciones sociales y culturales que estos grupos diseñaron y construir un relato aproximado acerca de la cosmovisión de estos grupos, sus modos de vida, comprender su dinámica trashumante y su movilidad permanente, describir la interacción con otros grupos humanos y descubrir el amplio territorio en el cual deambulaban.

En la segunda parte, denominada Trabajo de Campo, se presenta una descripción profunda realizada por Rubén Stehberg en torno a la experiencia del trabajo de campo, denominada la Expedición a Calabozos. El relato narra el proceso experimentado por el equipo de investigación durante el verano del 2022 en la Cuenca del Calabozo. Además, se incluye en este capítulo información inédita en relación con los registros de Hans Niemeyer en su expedición durante los años 70 a Calabozos a través del Libro bitácora de Hans Niemeyer.

En la tercera parte, denominada Aproximaciones interpretativas al Arte Rupestre de la cuenca de Calabozos, Alejandro Morales nos proporciona antecedentes en torno a la caracterización e interpretación del Arte Rupestre de la cuenca de Calabozos.

En la cuarta parte, denominada Proyecciones acerca del estudio del arte Rupestre en la Cuenca de Calabozos, se plantean algunos aspectos importantes a tener en cuenta para el trabajo investigativo en esta zona en el presente y para el futuro.

En síntesis, el libro *Difusión del arte rupestre de la cuenca del calabozo. Región del Maule – Chile*, que presentamos, despliega un diseño atractivo, con un lenguaje adecuado para ser leído y comprendido por todos y todas. La trilogía: Relatos, Imágenes y Experiencias de vida, convierten a esta obra en un documento valioso, una pieza fundamental para contribuir a comprender nuestro territorio y nuestra comunidad, presente, pasada y futura.

Es un libro-Guía que se transforma y se adecua a los interesados, se aferra a los datos históricos, documentales y de primera fuente, pero tiene la gracia de observar de cerca el futuro, de ser parte de él.

Mi encuentro con el Arte Rupestre

Jacqueline Unanue

Mis más sinceros agradecimientos al antropólogo Pablo González B. por su invitación a compartir mis impresiones acerca del arte rupestre.

A mediados de los años setenta, mientras aún era estudiante de diseño en la entonces Universidad de Chile de Valparaíso, comencé a interesarme en el arte Precolombino. Este interés facilitó la búsqueda y decisión para decidir el tema a abordar en mi seminario profesional en diseño gráfico, titulado: El símbolo gráfico antropomorfo en las culturas Precolombinas del Norte Grande de Chile.

Al comienzo, mi investigación se centró en la presencia del símbolo antropomorfo en distintas manifestaciones de arte de esas culturas, tales como arte textil, cerámica, instrumentos para el uso de alucinógenos, calabazas pirograbadas y en forma especial, el arte rupestre. La mayor información la encontré en la Biblioteca del Museo Nacional de Historia Natural, ubicado en la Quinta Normal de Santiago, en donde conté con la generosa guía de los profesionales Eliana Durán, jefa de la Sección de Antropología; Nieves Acevedo, museóloga y el arqueólogo Rubén Stehberg. Gracias a ellos, tuve acceso no sólo al material en exhibición, sino también a las valiosas piezas conservadas en las bodegas del museo. Hasta ese momento, la única forma de comenzar a estudiar el arte rupestre era por medio de la colección de libros en la biblioteca. Gran parte de esos libros relacionados con arte rupestre, eran de autoría del ingeniero y arqueólogo Hans Niemeyer F., quien en ese momento era presidente de la Sociedad de Arqueología de Chile.

Las imágenes rupestres impresas en esos libros me impresionaron de tal manera que me pareció imprescindible conocer personalmente al investigador Niemeyer e interiorizarme acerca de su propia experiencia. Fui a visitarlo a su oficina ubicada en el Paseo Ahumada de Santiago, en donde trabajaba junto a su sobrina Hilda Niemeyer, quien se desempeñaba como su secretaria, y al excelente dibujante Jorge Bórquez, quien traspasaba las imágenes de la fotografía al papel –las que después pasaban a ser incluidas en muchos de los muchos libros editados por este investigador. Con atención e interés, escuché a don Hans narrar las anécdotas de sus viajes recorriendo las montañas en su incesante búsqueda por lugares de impresionante riqueza en arte rupestre. En estos viajes, muchas veces lo acompañaba su esposa Selva Rubilar, a quien conocí más adelante, cuando me invitaron a su casa. En esa oportunidad, don Hans me obsequió un valioso material de diapositivas para que las usara en mi seminario.

Junto a Ricardo Guajardo-Romero –también en ese entonces estudiante de diseño– y quien es mi esposo, visitamos a don Hans. Más de alguna vez compartimos el almuerzo en su oficina junto a don Carlos Aldunate, quien en ese momento había sido recién nombrado director del Museo de Arte Precolombino de Santiago.

Don Hans, quien más tarde –en 1982– asumió el cargo de director del citado museo, fue sin duda mi mayor inspirador y guía desde el principio de mi investigación. Más adelante, el asistió a las inauguraciones de mis exposiciones en Chile, en las que me presentaba como su discípula –lo que fue y sigue siendo motivo de gran orgullo para mí.

Terminé exitosamente mi Seminario Profesional, aunque para mí lo más importante fue el valioso conocimiento adquirido. Aun cuando en años posteriores he encontrado mi inspiración en otras vertientes –como la música, la ecología y las expresiones espontáneas– de alguna y de distintas maneras, el arte rupestre me ha acompañado siempre y hasta el día de hoy. Es algo así como mi archivo interno y mágico que inspira sutilmente mi proceso creativo y está presente en mis creaciones.

Comenzando nuestros viajes

Años más tarde, junto a Ricardo –cuya ciudad natal es Iquique– proyectamos nuestros propios viajes con la guía experta de don Hans Niemeyer.

Valle del Encanto

Nuestro primer viaje fue al Valle del Encanto, en la región de Coquimbo en el año 1981. Aún recuerdo ese primer “encuentro” con el arte rupestre. Caminamos por lomajes solitarios y al llegar a una quebrada, de pronto descubrí la magnífica roca grabada con el personaje mágico que tanto admiraba en los libros consultados en la biblioteca. El gesto de abrazar a esa roca y el recorrer los surcos de su dibujo en bajo relieve, fue para mí un acto de conexión con la expresión misma de ese arte milenario, una conexión con el artista que me hablaba desde tiempos ancestrales.

El Valle del Encanto, es un lugar ceremonial de culto al agua. Su riqueza de arte rupestre –en variados estilos y en su mayoría de grandes dimensiones– me fascinaron. Al igual que las piedras tacitas y las rocas socavadas con el paso del agua, dejando en ellas con el pasar del tiempo, impresionantes especies de baños y de

cuevas entre los roqueríos. En ese mágico escenario me sentí “milenaria” y conectada con un mundo primario. Me imaginé orando a los dioses del firmamento, a los soles, a los astros, a las lunas. Sentí el lenguaje del viento y a los animales corriendo veloces. Y, entre todos esos seres, el hombre siendo parte de una ecología primaria y fértil simbolizada por la Madre Tierra.

Rescatando aquellas imágenes mediante la fotografía o transcribiéndolas desde la piedra al papel, sentí como si estuviese en un viaje a un tiempo mítico –*al llo Tempore*– y pudiese escuchar las voces de los antiguos hombres y mujeres relatándome sus historias cotidianas, o de sus ritos de fertilidad y de sus ofrendas para conseguir buenas cosechas. En lo más profundo, imaginé sus pensamientos, sus símbolos, sus sueños y sus actos creativos.

Los geoglifos de Tarapacá, Lluta y Azapa

En el año 1982, viajamos a la zona de los geoglifos en la región de Tarapacá. Los geoglifos de Pintados, así como El Gigante de Tarapacá con su imponente representación de una deidad en estilo geométrico, causaron gran impacto en mí, al igual que sus increíbles dimensiones y las extensiones de kilómetros de montañas magníficamente grabadas ya sea por técnica de despeje del terreno, o por acumulación de piedras en sobre relieve. En este colosal escenario, las representaciones antropomorfas y de animales parecían bailando sobre la árida superficie. Tras las laderas, otras imágenes comenzaban a surgir en una interminable y vívida escena. ¡Cuánto misterio ante mis ojos imaginando desde mi visión de artista, los templos en las montañas, en los astros y en las enigmáticas geometrías!

Al dirigirnos más al norte, continuamos la búsqueda de otros geoglifos en los fértiles valles de Lluta y de Azapa, en Arica. El Cerro Sagrado con sus imponentes figuras antropomorfas y geométricas como soles o astros. Todas aquellas impresiones fueron nutriendo mi imaginación y las imágenes comenzaron a proyectarse en preliminares palabras y versos.

*Mi pueblo tuvo por templos
la naturaleza toda.
Toda ella era sagrada,
Sagrados los elementos todos
Del universo en el que habitamos.
Los templos estaban
Ya creados para el hombre
En los astros, en la luna, en las estrellas
En el sol, en el viento, en la lluvia
En el rodar de las piedras en los ríos.*

...

EL LIBRO

Como resultado de todas estas experiencias –o, mejor dicho, vivencias– en 1982 surge la creación de mi libro *El Arte Rupestre, un encuentro con el Hombre Primitivo*. Este libro objeto-de-arte, compuesto de 12 láminas extendibles, inspiradas en el arte rupestre de diferentes zonas de Chile, incluye también mis poemas, escritos según mi propia visión y las emociones que estos lugares causaron en mí. El libro fue impreso en serigrafía por mi esposo en su taller Arte Raimi, en Viña del Mar. Con ese libro obtuve mi título de diseñadora gráfica, lo que significó además el inicio de mi camino creativo en todas las áreas artísticas en las que más adelante me fui expresando.

El libro se presentó en el *Simposio de Arte Rupestre*, realizado en el Museo de Arte Precolombino, en Santiago, 1983. Fue emocionante escuchar las palabras de parte del connotado arqueólogo peruano Luis Guillermo Lumbreras, refiriéndose elogiosamente al libro; y el haber tenido la oportunidad de conocer a los arqueólogos Lautaro Núñez y Luis Briones. En esa ocasión, Briones nos reveló la existencia de un sitio de arte rupestre: Ariqueilda, ubicado en la Quebrada de Aroma, en la región de Tarapacá, el cual más adelante visitamos. Ese mismo año, el libro fue expuesto en galerías de arte en Santiago y en Viña del Mar, marcando el inicio de una incesante serie de exposiciones, las que han continuado hasta el día de hoy.

Cuevas de Altamira

En 1989, durante una visita a mi familia paterna en el País Vasco, tuve la magnífica oportunidad de conocer las cuevas de Altamira, en la zona Cantábrica. En ese momento, las cuevas originales aún estaban abiertas al público, por lo que la experiencia fue vivida en su máxima expresión.

Al entrar a ese lugar me sentí –verdaderamente– como si en ese momento estuviera en un templo. Imaginé de inmediato el fuego alumbrando las paredes de la cueva y sobre ellas, el reflejo de las sombras de los animales. Mamuts, jabalíes y caballos en movimiento, y los hombres plasmando sus imágenes con colores rojos oscuros, negros y blancos –y también ocre– en un acto de posesión, anticipando el éxito en la caza.

Continuando el trayecto, se llega al grandioso espacio conocido como La Capilla Sixtina. Ese nombre, creo que dice relación con el estado de arrobamiento que uno siente al contemplar el techo de la cueva. Aquellos magníficos artistas aprovecharon los volúmenes de las paredes rocosas para crear los volúmenes de cuerpos de animales, con un admirable sentido de realismo, así como también de movimiento. Tendida sobre el suelo, observando los animales pintados en el techo de la cueva la sensación de movimiento era tan real, que me parecía que corrían y saltaban sobre mí. En ese momento pude entender el estado de embelesamiento que los artistas prehistóricos sintieron al ver sus propias y mágicas creaciones, las que son tan antiguas como 30.000 años o más. Mi sensación fue la de “haber tocado el alma del hombre primitivo”.

Quebrada de Aroma: Ariqueilda

En el año 1995 visitamos por primera vez este lugar, el que me pareció una especie de “Altamira a tajo abierto”. En aquellos enormes paneles rocosos aparecen escenas de animales y figuras de pastores y de seres fantásticos. También, representaciones de soles y astros que dan la impresión de formar parte del firma-

mento intensamente azul de ese lugar. Las líneas en zig-zag representando el agua del riachuelo, que cruza la quebrada, junto al que surgen plantas propias del desierto. El místico silencio del lugar –solo acompañado del murmullo del viento– me invitó a meditar bajo un alero rocoso y respirar la esencia misma del arte en su estado originario y mágico.

Durante esa visita, Ricardo hizo una serie de extraordinarias tomas fotográficas, las que son un registro de lo que en muchos paneles ya no existe, ya sea por el daño de la erosión, el cambio climático, o por la acción del hombre. Esto, penosamente, lo pudimos corroborar cuando regresamos en el año 2018, descubriendo impactados la presencia de una carretera recientemente construida en medio de la quebrada, interrumpiendo en gran medida la magia escénica anterior.

El arte rupestre en mis propias creaciones Mi arte textil en Chile

Continué inspirándome en el arte rupestre creando mis obras textiles, bajo mis propias interpretaciones en trabajos de gran formato, influenciados por el gran impacto que esas enormes dimensiones de paredes rocosas con petroglifos y algunas pictografías, así como de geoglifos plasmados en las inmensas laderas de las montañas en el desierto de Atacama. Comencé exponiendo estas obras en Chile y luego en varios otros países, entre ellos Argentina, Ecuador, España y Finlandia.

Creando en Estados Unidos: del arte textil a la pintura

En el año 2000, fui invitada a exponer individualmente mis obras textiles a la galería del Banco Interamericano de Desarrollo, BID, en Washington DC, gracias al patrocinio de la Dirección de Asuntos Culturales de Chile, DIRAC. Lo que sería una estadía de un año en Estados Unidos, terminó siendo de más de dos décadas de ininterrumpida creación.

El vivir en otra cultura, en otro medio tan diferente, significó un cambio profundo en mis técnicas, derivando del arte textil a la pintura, la cual mantengo hasta hoy. A través de la pintura, he continuado expresándome desde mis memorias de Mi Antigua Tierra y la indudable marca que el arte rupestre ha dejado en mí. Durante diez años expuse mi obra en la 3rd Street Gallery, en Filadelfia.

Este año celebro mis 40 años de exposiciones (1983-2023), exponiendo en el mes de abril en la galería que actualmente me representa: Muse Gallery, en Filadelfia, la ciudad donde resido junto a mi esposo desde el año 2000. La exposición es curada por Gloria Garaflich-Grabois, presidenta de Gabriela Mistral Foundation, Inc. en Nueva York y miembro del jurado internacional de Mondial Art Academia de Francia. El título de la muestra: *Atacama | Mi Desierto inspirador*, es el fruto y la evidencia irrefutable de mi amor por mi Tierra y por el legado que me dejó don Hans Niemeyer F.

Durante algunos de nuestros viajes a Chile junto a mi esposo, hemos regresado a visitar el desierto de Atacama –en el 2016 y 2018– para contemplar nuevamente aquellos lugares solitarios, mágicos e inspiradores. Aún tenemos pendiente recorrer el arte rupestre de la Cuenca del Calabozo, en la región del Maule, lugar tan querido por don Hans Niemeyer. El proyecto de Pablo González B. como Investigador Principal y Alejandro Morales Y., y Rubén Stehberg L. como co-investigadores, será sin duda una nueva inspiración para mí.

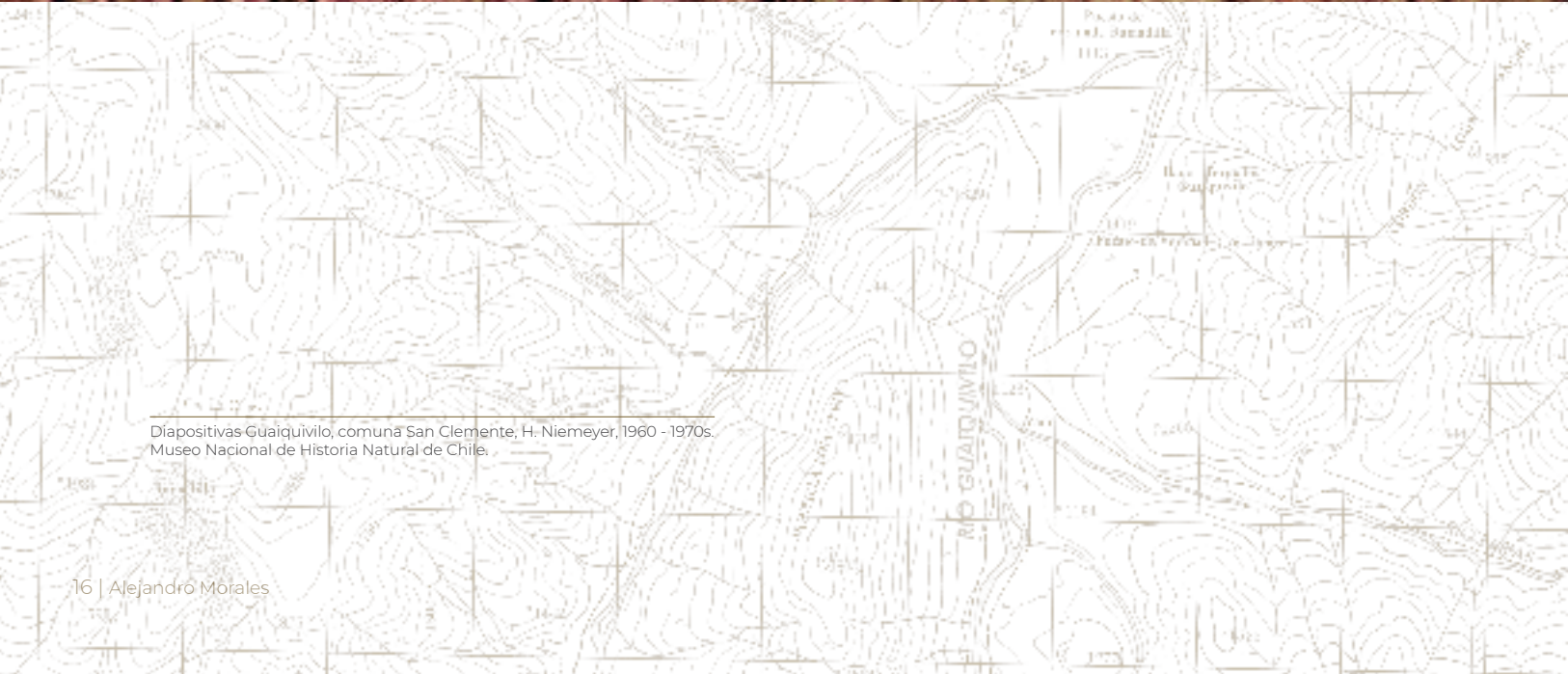
Jacqueline Unanue

Artista visual

www.jacquelineunanue.com

Filadelfia, abril, 2023

**I PARTE:
ARTE RUPESTRE Y TERRITORIO**



Diapositivas Guaiquivilo, comuna San Clemente, H. Niemeyer, 1960 - 1970s.
Museo Nacional de Historia Natural de Chile.

La travesía de los primeros maulinos

Alejandro Morales

El Hombre se sirve para subsistir, de los productos de la naturaleza y la somete, transformándola para obtener de ella lo necesario. Es decir, mediante el trabajo, el hombre establece la relación entre la naturaleza y sus necesidades. A través del trabajo, el hombre modifica la naturaleza en conjunto y al mismo tiempo modifica su propia naturaleza.

En un principio fue recolector, cazador y pescador. Pero, para obtener los productos de la naturaleza necesarios para su subsistencia, comenzó a elaborar utensilios que lo auxiliaran en la búsqueda, obtención y preparación de sus alimentos. El empleo del fuego amplió las posibilidades de que usara productos de la tierra, mares y ríos, antes no aprovechados.

A medida que los hombres aumentaron en número, se desplazaron hacia nuevas tierras en busca de alimentos, es decir, se vieron obligados a llevar una vida nómada. En la persecución de animales que le proporcionaran carne y pieles, avanzó en distintas direcciones. Así fue como algunas poblaciones provenientes del lado oriental de la cordillera de los Andes, hace miles de años, aprovecharon las posibilidades de paso entre ríos, esteros y cajones montañoses por el estrecho "Huaquivilo" y llegaron al lado poniente de los Andes, transitando por los ríos y lagos disponibles en el nuevo territorio.

Estas migraciones se realizaron en varios periodos, luego conforme iban llegando a las nuevas tierras, algunos grupos marcharon hacia el sur y el norte de la geografía en forma dispersa. Las rutas seguidas por estos grupos humanos y los lugares en donde se iban estableciendo, por periodos más o menos cortos –dependiendo de las condiciones climáticas y derretimientos de los glaciales de la cordillera–, han podido ser determinados mediante los descubrimientos de utensilios de piedra empleados por ellos –como morteros y piedras tacitas–, de restos cerámicos y/o restos óseos de animales.

En busca de los dioses

Para estas poblaciones transhumantes la religión jugaba un papel muy importante en la vida diaria y todas las actividades, fueron regidas por las deidades. La religión dominaba todos los aspectos de la vida cotidiana, siempre presente en la recolección, en la caza, en la pesca –y posteriormente en la agricultura y la ganadería– en las ceremonias públicas, el arte y en las manifestaciones festivas de encuentro: nacimientos, matrimonios y defunciones.

La religión de estos aborígenes tenía al menos las siguientes características: primero, era “politeísta”, es decir, se adoraba a varios dioses a la vez; en segundo lugar era “naturista”, ya que los dioses eran los elementos de la naturaleza circundante (agua, fuego, viento, tierra, aire), los fenómenos atmosféricos (viento, lluvia, rayos y truenos, nevazones, etc.), los cuerpos celestes (constelaciones, planetas, el sol y la luna, etc.) y la fauna (el cóndor, la serpiente y el puma). Era “dualista”, pues partía del principio de que el bien y el mal son igualmente divinos, así por ejemplo, los dioses del bien estaban en constante lucha con los dioses del mal, eran tan inseparables unos de otros como el permanente retorno del día y la noche. Los dioses benévolos producían cosas positivas como el trueno, el rayo, la lluvia, las frutas y la abundancia de alimentos. A los dioses malévolos, en cambio, se les atribuía el hambre y la miseria causadas por tempestades, nevazones, sequías y guerras, sembrando la muerte y la destrucción. También era “animista”, ya que adoraban a sus antepasados en forma reiterativa, a través de celebraciones chamánicas locales, en donde la simbología del arte rupestre se transforma en mediador para contactarse con el inframundo espiritual.

El culto a Guaiquivilu

El arte rupestre del Maule, en su mayoría petroglifos –dibujos labrados en la superficie rocosa– mediante la técnica de la percusión, puntilleo y raspado representan en sus diseños –de carácter lineal, circular, enrejado y/o geométrico– abstracciones o figurativas al medio ambiente que le rodea y a los autores que los generaron. En su mayoría son estilizaciones artísticas antropomorfas, fitomorfas y zoomorfas superpuestas y vecinas unas de otras distribuidas en más de 15 sitios identificados en la Región del Maule. Sin embargo, las une la cuenca hídrica del río Guaiquivilu que nace al sur oriente de la Laguna del Maule y que recorre más de 50 kms. a través de cajones cordilleranos interiores hasta conformar el río Melado como afluente principal; y de ahí vaciarse hacia el histórico y majestuoso río Maule.

Guaquivilo de la denominación Guaqui / vilu significa en mapudungún actualmente “Aguijón de Serpiente” pero hay una variante gramática que refleja de mejor manera su loca geografía: hayqui: lanza y de vilu: culebra traduciéndose como “culebra larga como lanza” que vendría a demostrar la forma de la escorrentía del río que da nombre al estilo petroglífico de la zona del Maule (Güenivilo: “culebra maestra”). Por lo tanto la representación rupestre de los petroglifos de los sitios de Calabozos y otros lugares arqueológicos complementarios, y que son parte del área de influencia del Guaiquivilo, dan cuenta del culto que estas poblaciones originarias tenían en relación al agua (equivalente a la fertilidad y al desarrollo de la vida) en la zona cordillerana de la Región.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

El agua ha sido un elemento fundamental para la vida humana, y todas las sociedades han valorado su importancia a través del tiempo, pero cada una le ha dado a este elemento, –clave para la vida humana y el desarrollo–, diversos “significados y fundamentos”. La visión del agua como “elemento creador de la vida” nos remite a la bolsa uterina en la que fuimos gestados durante nueve meses. No obstante, el vital líquido, con su eterno flujo y reflujo, con sus tempestades y crecidas, también ha sido simbólicamente asimilado a las emociones más destructivas de la humanidad, a través de fenómenos naturales, que cada cierto tiempo nos alcanzan globalmente: maremotos, crecidas, y sus consecuentes inundaciones y desastres ecológicos.

El agua era una de las fuerzas directoras y el fundamento primordial de la estructura de las poblaciones

ancestrales, por lo que la “divinización” de este elemento y su simbolización se constituyó en una poderosa manera de comprender y expresar los elementos y fenómenos naturales y culturales que les aquejaban.

Así el “culto al agua” (la fertilidad y el ciclo de la vida) es evidente en los petroglifos de arte rupestre del Maule, representándose como la madre serpiente: el Guaiquivilu hermana deidad de Quetzalcóatl y Kukulcán (que personificaban simbólicamente al dios del viento, del agua, de la fertilidad y de la lluvia para los mayas y los aztecas); y que después vendría ratificado en la mítica concepción del mundo mapuche (el enfrentamiento entre el CaiCai TreTren Vilu) y que todavía se identifica como Piguchena (mítica culebra) que ha sido revestida de propiedades mágico-religiosa en el actual Chile Profundo.

Calabozos: Arte Rupestre, espacio y tiempo. Una mirada relacional hacia la producción de grabados Guaiquivilo en la Cordillera de la provincia de Linares, en los Andes Meridionales de Chile

Ángel Sofía Bravo

Como producto material de la acción social, el arte rupestre responde a contextos culturales particulares a los grupos sociales que la crean (Vergara y Troncoso, 2015). Estos contextos pautan, entre otros aspectos, la forma en la que los productos y huellas culturales se disponen en el espacio, así la espacialidad es accesible e interpretable desde el registro arqueológico (Criado-Boado, 1993). Al mismo tiempo, como resultado material de una práctica social, está compuesta de al menos de tres dimensiones, una material, otra temporal y otra espacial (Troncoso et al., en prensa; Criado, 2012), y es en el cruce de estas dimensiones, que se despliega un extenso campo de relaciones que involucra tanto a seres humanos como no humanos (Ingold, 2013; Jones y Alberti, 2013 en Troncoso et al., en prensa; Hamilakis, 2017) .

En este trabajo nos enfocamos en los actos de producción rupestre en Calabozos, pues siguiendo a Ingold (2013) es en el proceso de hacer que se despliega un campo de relaciones entre humanos y no humanos (Ingold, 2013). En este sentido, más que una serie de etapas que llevan a la producción de un objeto, la cadena operativa es la activación de relaciones entre múltiples existentes (Troncoso et al., 2019), desde esta perspectiva el arte rupestre adquiere un rol activo en el mundo social en que se desenvuelve.

El arte rupestre tiene una cualidad espacial particularmente evidente, se inscribe en bloques anclados a un punto fijo en el espacio, por lo que tanto su producción como su consumo visual implican la puesta en movimiento de los cuerpos. Así las relaciones potenciales que puedan establecerse, implican un desplazamiento en el espacio, que para el caso de Calabozos, está pautado por condiciones geoclimáticas particulares. Al mismo tiempo, se presentan en el espacio bloques sin intervención y aquellos que están intervenidos se distribuyen de manera no homogénea, de lo que se desprende que detrás del acto de inscripción rupestre, existe una selección no aleatoria (Troncoso, 2008). Dentro de este marco, se extienden relaciones espaciales entre los distintos existentes en Calabozos, grabados, rocas, cuerpos, configurando un paisaje donde cada uno de estos componentes despliega dentro de su esencia la totalidad de sus relaciones con el otro (Ingold, 1993).

Pensando en el ensamblaje de relaciones (De Landa, 2006; Ingold, 2006; Fowler, 2013) que se despliega en el acto de producción rupestre en el sitio Calabozos, en la cordillera de la provincia de Linares en la Región del Maule, se plantea la siguiente pregunta, ¿cómo es que los actos de producción de arte rupestre Guaiquivilo (1.400 d.C.) generan paisaje? Esto resulta relevante para acercarse a la producción de arte rupestre del sitio Calabozo en particular, debido a que las investigaciones previas lo han descrito en relación con otros sitios a una escala macrorregional (Niemayer y Weisner, 1971; Fernández, 1977), sin profundizar en las relaciones intra-sitio existentes.

Lo anterior se pretende realizar a través de un análisis detallado de la bibliografía asociada al registro material del sitio Calabozo, al estilo Guaiquivilo y a su distribución geográfico-espacial, junto con otras prácticas sociales de los grupos creadores, incluyendo también las rutas de movilidad que habrían empleado.

Arte Rupestre del Maule

El arte rupestre de la región del Maule ha sido poco trabajado por investigaciones arqueológicas, los primeros abordajes datan de mediados del siglo XX, Arturo Fontecilla en 1936 describió los grabados del fundo San Manuel en la Cordillera de Parral, provincia de Linares, más adelante, en 1958, George Müller publica en el *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* los resultados de su expedición al sitio Calabozo, donde registra formalmente los grabados descritos por arrieros y pobladores aledaños al sector. Norma Sanguinetti, en 1970 publica un análisis detallado sobre los grabados del Cerro Quiñe, en la misma provincia de Linares. Hans Niemayer y Lotte Weisner entre los años 1968 y 1973, realizaron siete expediciones en distintos sitios de la región con el propósito de registrar y describir estos grabados, los que fueron agrupados bajo el nombre de estilo Guaiquivilo (Niemayer y Weisner, 1971).

Recientemente, Renata Gutierrez (2020) realizó un análisis espacial sobre el arte rupestre de la zona cordillerana del Maule, cruzando información levantada por los estudios antes mencionados y datos espaciales recolectados en terreno mediante SIG. Gutiérrez concluye que los sitios con arte rupestre de la zona se localizan en rutas hacia ambientes altamente productivos, como lagunas cordilleranas, y lo que nos parece más importante, recalca la necesidad de nuevas investigaciones que describan con mayor detalle el arte rupestre de la región, y que permitan dilucidar los grados de intensidad en la producción de diferentes paisajes, para modelar las relaciones que ocurren entre las distintas entidades y evaluar el rol que jugó el arte rupestre en las redes sociales y procesos de transmisión de información en la zona (Gutiérrez, 2020).

El estilo Guaiquivilo

El estilo Guaiquivilo se compone de una gran variedad iconográfica que incluye líneas paralelas, huellas humanas y animales, secuencias de puntos y círculos, y figuras de simetría axial (Niemayer y Weisner, 1971: Vergara, Ms.). Si bien su distribución geográfica no está bien definida, se contempla un área difusa, con un punto central en los cajones de la cordillera de la Región del Maule (Niemayer y Weisner, 1971) y con fuertes conexiones con la zona de Colomichicó, en la provincia contigua de Neuquén, norpatagonia argentina (Niemayer y Montané, 1966; Fernández, 1977).

Respecto de los orígenes del estilo, se ha postulado que inicialmente el estilo de líneas paralelas circulaba entre las vertientes occidental y oriental de la cordillera de Los Andes, posteriormente en la vertiente occidental se le habrían añadido huellas y representaciones fitomorfas (Fernández, 1997). Y una vez imbricados estos distintos elementos en un complejo nuevo, se habría expandido nuevamente hacia la vertiente Oriental. Respecto a la espacialidad, Vargas (2020) describe una manifestación diferencial del estilo en función de la altura en la que se presenta, de forma tal que en

emplazamientos de mayor altitud hay mayor variabilidad de diseños que en los de altitudes menores. Esta dinámica de variación distributiva funcionaría de la misma manera en ambas vertientes cordilleranas, tal como lo describe Gutiérrez para la zona cordillerana de Linares (Vargas, 2020; Gutiérrez, 2020).

Los grabados Guaiquivilo han sido atribuidos a poblaciones de cazadores-recolectores que habitaron la cordillera de los Andes (36°S) entre 1100-1500 d. C. (Niemayer y Weisner, 1971; Fernández 1997) con un modelo de movimiento este-oeste donde, debido a las condiciones climáticas de la zona, el paso a los cajones cordilleranos estaba restringido a los meses de verano.

Sanhueza et al. (1994) estudió sitios logístico-residenciales de la cordillera de Linares, a partir del cual propone un patrón de uso diferencial entre los sectores altos (sobre 1700 m.s.n.m.) y bajos (sobre 700 m.s.n.m.) de la cordillera. En este modelo, los sectores bajos (entre 400 y 1200 m.s.n.m.) concentran la totalidad de los sitios con ocupaciones intensas, interpretados como residenciales por la alta frecuencia de fragmentos cerámicos y artefactos líticos, mientras que a alturas mayores (sobre 1700 m.s.n.m.) hay solo campamentos logísticos, que podrían corresponder a campamentos relacionados con la extracción de obsidiana pues se hallaron evidencias de las primeras etapas de reducción del material, a campamentos de paso transcordillerano con una estratigrafía poco definida, o bien a campamentos asociados a la explotación de recursos locales como Lama guanicoe y maderas.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.



Cajón de Calabozos visto desde el Este.

Sitio Calabozos

Calabozos es uno de los 19 sitios con arte rupestre reportados en la región, es el sitio más representativo del estilo Guaiquivilo, tanto por la cantidad de motivos grabados (944) que representan el 30,7% del total de los asignados al estilo, como por la variedad iconográfica que presenta, siendo el sitio más variado del estilo (Niemayer y Weisner, 1971; Vergara, Ms; Gutiérrez, 2020). El sitio se encuentra a 1686 m.s.n.m. emplazado en el cajón de Calabozos, un valle angosto de baja conectividad entre las tierras altas y bajas, que desciende por la vertiente oriental de la cordillera, hasta llegar al río Guaiquivilo, de caudal norte-sur (Gutiérrez, 2020). Consta de 22 paneles rocosos grabados, de posición horizontal semi-inclinada, algunos de hasta 11m de largo (Niemayer y Weisner, 1971). En cuanto a espacialidad, los paneles dentro del cajón se han asociado a los saltos de agua del estero, habría mayor cantidad y variedad de motivos en puntos cercanos a estos saltos (Vergara Ms).

Previo a este proyecto de investigación, se realizó una campaña de terreno de carácter exploratorio para definir la temática a abordar, de la que se desprende lo siguiente:

“Llegar a Calabozos en la actualidad implica una caminata de tres horas que desciende desde el Este por la ladera de un cerro, bordeando el estero Calabozos por el lado Sur. El viaje es guiado por arrieros, que son quienes mejor conocen el sector, pues lo transitan todos los años en la temporada cálida. La temporalidad del acceso al Cajón de Calabozos se mantiene, en relación con la que tenían los cazadores-recolectores tardíos, pues la nieve y el hielo cubren el Cajón desde abril a septiembre.

A medida que uno desciende la ladera, el ambiente seco azotado por el viento y la arena que arrastra queda atrás y los cerros en todos los frentes forman una suerte de protección

que solo penetra el sol, cambiando el suelo arenoso y suelto por uno arcilloso y compacto, se abren extensas vegas atravesadas en ocasiones por pequeños arroyos que se absorben antes de llegar al estero principal. El valle se cierra mientras más se avanza al Oeste, derivando en una quebrada por la que va el estero. La concentración principal de soportes grabados se encuentra en una explanada rocosa en altura, unos 20 metros sobre el nivel del estero. Al lado Norte del estero, unos 50 metros al Este del sitio principal, también en altura, se ubican dos otros soportes, de menor tamaño, para los que se debe escalar la quebrada, pues la pendiente es abrupta. Ambos sectores dan visibilidad directa al estero, y no se encuentran soportes verticales. Algunos grabados se encuentran intervenidos recientemente, entre las intervenciones destacan letras, estrellas, y la representación de un caballo”.

Como se ha expuesto, los trabajos existentes sobre el arte rupestre Guaiquivilo de la Región del Maule son escasos, y aún más para el sitio de Calabozos en particular, donde hacen falta más estudios que se enfoquen en la distribución intrasitio de los grabados, pues como se ha expuesto, la información relevada desde los 60 se ha enfocado en abordar las dinámicas de los grabados a escala macrorregional, poniendo énfasis en describir un estilo y su distribución, más que en sus manifestaciones puntuales.

Espacio, movimiento y acción

Todo acto de producción implica la participación de humanos y no-humanos, en una relación que no solo técnica, sino también espacial y temporal (Troncoso et al, 2019), revisaremos cómo estas tres dimensiones se articulan y derivan en la configuración de nuevos ensamblajes relacionales en la producción de arte rupestre (De Landa, 2006; Fowler, 2013).

Toda práctica social ocurre en un espacio, y de esta forma, cada uso del espacio implica distintas prácticas relacionales (Pauketat, 2013). Revisamos anteriormente que el arte rupestre tiene la particularidad de estar anclado a un espacio fijo, mas este espacio no existe aisladamente, sino que es atravesado por el tiempo, en distintas temporalidades vividas en los múltiples entes que lo habitan (Ingold, 1993; Bennet, 2010). El espacio en que se desarrolla la acción social entonces se constituye de manera relacional, y por tanto dinámica, llegados a este punto conviene dejar de lado el concepto de espacio, en el sentido de un lugar de representación abstracta que podemos visualizar desde afuera, y hablar de paisaje (Ingold, 1993). El paisaje es en sí mismo dinámico, se despliega en tanto es habitado, no es un escenario donde ocurren cosas, sino que es el verbo mediante las cosas ocurren, la acción misma es paisaje, y por tanto el paisaje está siempre en movimiento, en un cambio constante.

Sin embargo, el tiempo o la persistencia ante el cambio que suscita el tiempo, no es igual para todos los existentes-en-el-mundo, distintos existentes tienen distintas temporalidades, determinadas por una serie de características fisicoquímicas y relacionales con sus co-habitantes, una hoja por ejemplo, no tardará más de unos meses en descomponerse una vez nacida, mientras que una roca habitará el mundo potencialmente miles de años. Del mismo modo, una hoja puede existir por mucho menos si escosechada por un ser humano y consumida antes de cumplir su ciclo individual, si existe tal cosa. Podemos pensar el paisaje como un punto donde convergen los viajes de distintos seres, que viajan en ritmos distintos (Ingold, 1993) de este modo tenemos paisajes más estáticos, donde elementos de gran tamaño, que suelen tener ritmos más lentos, muestran mayor resistencia ante el cambio, este sería el caso de montañas, océanos, desiertos, etc. En esta línea, el viaje de los objetos en el tiempo involucra la capacidad de estos de ir desplegando distintos paisajes a su alrededor.

El cruce de todas estas temporalidades dota al paisaje de un dinamismo tal que es único en cada habitar, Sørensen (2013) utiliza el concepto de atmósfera para referir a la capacidad afectiva y sensorial que incluye intrínsecamente los ensambles relacionales entre cuerpo y materia. En este sentido, los paisajes devienen en atmósferas, que emergen a través de las prácticas sociales (Sørensen, 2013). La atmósfera emerge a partir de las relaciones sociales entre distintos entes, y es aprehendida mediante la experiencialidad.

Para preguntarnos sobre la experiencialidad de una práctica social, no es operativo hacerlo desde el qué experienciaron sus participantes, pero sí cómo se generó esa experiencia, qué elementos ensamblaron en estos campos relacionales desplegados en la práctica. Para esto, seguimos la propuesta de Pauketat (2013) que entiende el registro arqueológico como la expresión de prácticas relacionales, las que están en constante cambio, articulando de manera distinta relaciones, ensamblajes, participantes, afecciones y experiencias a través del tiempo y nos preguntamos, ¿Qué elementos, materiales e inmateriales ensamblaron en la producción de arte rupestre en Calabozos?

Los actos involucrados en la producción rupestre de Calabozos son potencialmente infinitos, en un mundo interconectado a diferentes escalas, no nos es posible conocer la forma en la que cada acción afecta el desarrollo de otras subsecuentes. Es por esto que nos limitamos a hablar desde lo que nos es accesible con las herramientas que disponemos.

Cuando hablemos de los actos de hacer, nos referiremos al engagement entre cuerpo y espacio, en los momentos involucrados en la producción del arte. Desde el acto mismo de su creación, el arte rupestre se desenvuelve como un elemento activo dentro del espacio, en el sentido de que para existir implica la puesta en acción de al menos un cuerpo en movimiento sobre la roca, de modo que su producción afecta el mundo



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

social y despliega un campo de relaciones nuevo. La importancia de los actos de hacer recae en esto, es a través de la producción que se activa una serie de relaciones con potencialidades infinitas. En esta línea, para referirnos al despliegue de relacionales aplicaremos el concepto de intra-acción propuesto por Barad (2007). En oposición a inter-acción que implica la preexistencia de entidades, intra-acción implica una acción que entrama y a la vez constituye nuevas entidades (Barad, 2007 en Jones, 2020). La producción rupestre entonces, mientras involucra en su producción una serie de seres existentes, genera también nuevas entidades, un humano es un humano hasta que graba, entonces es un grabador, una roca es una roca hasta que tiene un grabado, entonces es un soporte rupestre. El acto de grabar, como interacción entre

cuerpo y espacio viene a afectar el mundo en el que se inscribe en una multiplicidad de dimensiones mayor a la que seríamos capaces de revisar en este trabajo.

Cuerpo y espacio, antes que nada interactúan en movimiento (Sørensen, 2013) el acto de grabar implica el movimiento del cuerpo, llegar al Cajón de Calabozos implica movimiento a mayor escala, el movimiento surge como la forma más fundamental de existir en el mundo (Ingold, 2011). Y en una vida en movimiento, las cosas no existen sino que ocurren, los grabados ocurren como el resultado del ocurrir del desplazamiento humano por la cordillera del Maule. La gran cantidad de grabados presentes en Calabozos (n=944), y la ausencia de otras evidencias de ocupación, nos hace pensar que el sitio fue visitado esporádicamente en

eventos de grabado esporádicos y recurrentes en el tiempo. El sector Oeste del cajón, que es donde se concentran los grabados habría constituido un punto de recurrencia entre los movimientos de los seres que habitaron la cordillera del Maule. Así, en la meshwork que desplegaba su transitar este espacio se habría constituido como un punto de densidad (Ingold, 2011).

Como objetivo de este trabajo se planteó evaluar cómo los procesos y relaciones que se ensamblan en los actos de producir arte rupestre generan paisaje en Calabozos. Hasta ahora hemos revisado la potencialidad de relaciones que se involucran en la producción rupestre a distintas escalas.

En el paisaje de Calabozos, la permanencia del arte rupestre en el espacio articula una serie de relaciones atravesadas por el tiempo, que hace que ciertos elementos del paisaje que habitaron los creadores de este arte rupestre puedan ser accedidos por quienes visitan el sitio en la actualidad. Podemos identificar en esta categoría a los cerros, las rocas que soportan los grabados, las rocas sin grabados, el estero y la quebrada, el relieve mismo del cajón constituye en su totalidad un elemento del que suponemos una relativa permanencia ante el tiempo. Asimismo, hay temporalidades cíclicas que se mantienen, como la del día/noche y del cambio de las estaciones.

Habiendo explorado las ideas planteadas en este escrito, emergen las siguientes relaciones como relevantes en las dinámicas de la producción rupestre en Calabozos, que serían pertinentes de revisar a futuro, como niveles de análisis:

sitio-sector | motivo-roca | roca-humano | humano-Calabozos

La relación entre sitio-sector se plantea en el nivel que Troncoso (2008) llama semi-micro-espacial. En este nivel de análisis corresponde analizar la distribución

espacial de los soportes que constituyen el sitio arqueológico, y revisar su asociación con los elementos del paisaje circundante. Este es el trabajo que inició Vergara (Ms.) observando una tendencia hacia la cercanía con los saltos de agua del estero.

La relación motivo-roca, apunta a analizar la distribución de los grabados y motivos dentro de cada soporte intervenido, en este sentido, se correspondería con el nivel micro-espacial (Troncoso, 2008). De este análisis se obtendrían asociaciones entre la cantidad y diversidad de motivos inscritos en ellos, lo que cruzado con la información obtenida del nivel de análisis anterior, arrojaría asociaciones relevantes en cuanto a una distribución posiblemente desigual de los motivos en función de elementos del paisaje circundante.

Roca-humano corresponde a todas las relaciones que pueden haberse dado entre estas entidades en el sitio Calabozos, en este sentido refiere al despliegue de los cuerpos sobre la roca, no solo en el acto de grabar, sino también a la experiencia de estar-en-el-sitio, involucrando los movimientos necesarios para mantenerse en equilibrio sobre los soportes semi-inclinados, por ejemplo.

Por último, humano-Calabozos refiere a las actividades e interacciones desplegadas en el Cajón de Calabozos, en esa línea caben las preguntas sobre movilidad, acceso y ocupación de este paisaje, que es en cierta medida lo que desarrolló Renata Gutiérrez (2020) pero que puede seguir profundizándose, buscando sitios residenciales, por ejemplo.

El arte rupestre presente en el sitio Calabozos tiene mucho por ser explorado, con este trabajo esperamos haber contribuido a ampliar las preguntas que pueden hacerse sobre este sitio, y proponer un marco teórico que incluya horizontalmente a los seres que lo han habitado en el tiempo.

Referencias citadas

- Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway. Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Duke University Press.
- Bennet, J. (2010). *Vibrant Matters: A political ecology of things*. Duke University Press. Cap: 1, 2 y 7. (pp. 1-39; 94-109).
- Criado, F. (1993). Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 50, 39-56. <https://doi.org/10.3989/tp.1993.v50.i0.488>
- Criado, F. (2012). *Arqueológicas: La razón perdida*. Bellaterra Arqueología.
- De Landa, M. (2006). A new philosophy of Society: Assemblage theory and social complexity. Bloomsbury Academics, Oxford, cap. 1 y 2.
- DeLanda, M. (2019). *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*, (pp. 9-46). Bloomsbury Academics. <http://dx.doi.org/10.5040/9781350096769>
- Fernández, J. (1977). La población pre-araucana del Neuquén. Intento reconstructivo a través del arte rupestre. En Sociedad Chilena de Arqueología y Sociedad Arqueológica del Maule (eds.), *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile. Altos de Vilches* (Vol. II, pp. 617-630). Ediciones Kultrún.
- Fontecilla, A. (1936). Contribución al estudio de los petroglifos cordilleranos. *Revista Chilena de Historia Natural XI*, 69-72.
- Fowler, C. (2013). *The Emergent Past: A relational realist archaeology of Early Bronze Age mortuary practices*. Oxford University Press.
- Gutiérrez, R. (2020). *Rock art and social interactions: a spatial-computational approach to the landscape of hunter-gatherers in Andes highlands of northern Patagonia (36° S), South America*. UCL Institute of Archaeology.
- Hamilakis, Y. (2017). Sensorial Assemblages: Affect, memory and temporality in assemblage thinking. *Cambridge Archaeological Journal* 27(1), 169-182.
- Jones, A. (2020). An archaeology of affect: Art, Ontology, and the carved stone balls of Neolithic Britain. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 27, 545-560.
- Jones, A. M., & Alberti, B. (2013). Archaeology after Interpretation. En B. Alberti, A. M. Jones & J. Pollard (Eds.), *Archaeology after Interpretation. Returning Materials to Archaeological Theory* (pp. 15-35). Left Coast Press.
- Mueller, G. (1958). Los petroglifos del Valle del Calabozo. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*.
- Mueller, G. (1958). Los petroglifos del Valle de Calabozos. Provincia de Linares, Chile. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*, 33, 155-160.
- Niemeyer, H., & Weisner, L. (1971). Los petroglifos de la cordillera andina de Linares (Provincias de Talca y Linares). En Sociedad Chilena de Arqueología y Universidad de Chile, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología (eds.), *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, (pp. 405-470). Editorial Universitaria.

- Ingold, T. (1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174. <http://www.jstor.org/stable/124811>
- Ingold, T. (2006). Rethinking the animate, re-animating thought. *Ethnos*, 71, 9-20.
- Ingold, T. (2011). *Being Alive: Essays in movement, knowledge and description*. Routledge.
- Ingold, T. (2013). *Making. Anthropology, archaeology, art and architecture*. Routledge.
- Sanguinetti, N. (1970). *Petroglifos del cerro Quiñe (Provincia de Linares)*. Museo de Linares. Dirección de bibliotecas, de archivos y museos.
- Sanhueza, L., Vilches, F., Rees, C., Westfall, C., & Seelenfreund, A. (1994). Ocupaciones arqueológicas de la Precordillera y cordillera de la cuenca del río Maule: un panorama general. En L. Cornejo (ed.), *Actas del segundo taller de arqueología de Chile central*, (pp. 1-17). <http://www.arqueologia.cl/actas2/sanhuezaetal.pdf> (revisado el 06.06.2021).
- Sorensen, T. (2015). More than a feeling: Towards an archaeology of atmosphere. *Emotion, Space and Society*, 15, 64-73. <https://doi.org/10.1016/j.emospa.2013.12.009>
- Troncoso, A. (2002). Estilo, arte rupestre y sociedad en la zona central de Chile. *Complutum*, 13, 135-153. <https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/CMPL0202110135A>
- Troncoso, A. M. (2008). Spatial syntax of rock art. *Rock Art Research: The Journal of the Australian Rock Art Research Association (AURA)*, 25(1), 3-11. https://www.researchgate.net/publication/260019576_Spatial_Syntax_of_rock_art
- Troncoso, A., Armstrong, F., & Moya, F. (2022). Ontología, Modos de Existencia y Tecnologías: Propuestas para un Acercamiento Relacional en Arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 52, 81-104. <https://doi.org/10.56575/BS-CHA.05200220723>
- Vargas, F. (2020). Imágenes rupestres y modelos arqueológicos. Hacia una contextualización de los petroglifos en la Cuenca del Curi-Leuvú. Norte de Neuquén, Patagonia Argentina. *Chungara Revista de Antropología Chilena*, 52(1), 23-40. http://www.chungara.cl/Vols/2020/52-1/52-01-03-F_E_VAR-GAS.pdf
- Vergara, F., & Troncoso, A. (2015). Rock art, technique and technology: an exploratory study of hunter-gatherer and agrarian communities in pre-hispanic Chile (500 to 1450 CE). *Rock Art Research*, 32(1), 31-45.
- Vergara, F. (2022). Movement, time and rhythm among hunter-gatherers: a view from Guaiquivilo rock art, Southern Andes, Chile. En P. Polkowski & F. Förster (Eds.), *Rock Art in the Landscape of Motion. Proceedings of a session of the 20th International Rock Art Congress IFRAO 2018 in Valcamonica, Italy*. BAR Publishing. <https://www.fulcrum.org/concern/monographs/pk02cd18z#toc>

Indios Ambulantes o Montañeses

Aproximaciones a una banda

Cazadora - Recolectora en la región del Maule

Pablo González



Introducción

Quizás uno de los aspectos que resulta de mayor complejidad para investigar acerca de las poblaciones pre-hispánicas que habitaron nuestros territorios y llegar a comprender su visión de mundo, es disponer de fuentes Prehistóricas- históricas y evidencias Antropológicas- arqueológicas válidas que nos permitan indagar acerca del sentido y significado que estos grupos humanos le atribuían a sus modos de vida, su articulación y apropiación del entorno, generación de vínculos con otros grupos, sentido de pertenencia con el territorio y a sus mecanismos de subsistencia. En el campo de la investigación etnográfica y etnohistórica, la naturaleza de la información, la exploración y el registro de evidencias, requieren de enfoques multidisciplinarios que permitan descifrar las diversas manifestaciones sociales y culturales que estos grupos humanos construyeron.

La búsqueda de hallazgos que nos permitan aproximarnos a una descripción precisa acerca de estos grupos humanos resulta una tarea difícil de abordar debido a su carácter trashumante y su movilidad permanente, la interacción con otros grupos humanos y el amplio territorio en el que habitaban. Se suman a estos componentes, las imprecisiones que presentan los diversos mapas étnicos de nuestro territorio (de principios de 1535), los cuales no han permitido el reconocimiento y delimitación de los grupos étnicos con claridad (Grebe 2018).

La parcialidad, tribu o nación en el que centraremos nuestra investigación, es definida como un grupo de Cazadores-Recolectores. En general, se puede establecer que los indígenas de la cordillera y de la pampa fueron nómades o seminómadas, trashumantes (Madrid 1983).

Para lograr una aproximación más rigurosa a sus modos de vida, se requiere aplicar estrategias metodológicas minuciosas de registro y análisis de contenido a una serie de documentación proveniente de fuentes primarias y secundarias, relatos, crónicas, documentos históricos y de artículos científicos contemporáneos, que nos presentan una perspectiva de enorme relevancia para alcanzar el objetivo de este trabajo, el cual considera la caracterización de un grupo humano denominado Indios Ambulantes o montañeses, (Stehberg 1980, Molina 1788, Gómez de Vidaurre 1789, quienes durante el siglo XVII y XVIII solían transitar los sectores cordilleranos con el nombre de Chiquillanes. A través de este relato, se espera lograr una aproximación a su fisonomía, carácter, emplazamiento, cultura, lengua y prácticas de supervivencia.

Una de las ideas que ronda en esta narración, es la noción de que los Chiquillanes fueron los hacedores de los petroglifos de calabozos, según Hans Niemeyer y Lotte Weisner. Estos investigadores en los años '70 visitaron este afloramiento rocoso, llegando a establecer 19 familias de signos, Biomorfos y Abstractos, al cual denominaron con el estilo Guaquivilo, de claro origen prehispánico.



Fuente: Pablo González.

Pero más que centrarnos en los Chiquillanes como potenciales autores de los petroglifos, creemos importante en esta oportunidad, aproximarnos a ellos, dada su relevancia como grupo originario chileno escasamente conocido y porque habitaron las cordilleras del Maule, que es el área de estudio de nuestro proyecto. Por ahora nuestro propósito es generar insumos que nos permitan diseñar una línea base e incentivar su conocimiento e investigación y contribuir a preservar y salvaguardar nuestro variado patrimonio cultural.

Primeros registros

La banda de cazadores- recolectores denominadas Chiquillanes, es un grupo humano difícil de caracterizar, sus registros son escasos y en algunos casos imprecisos, lo que genera mayor dificultad para establecer una descripción acerca de su naturaleza. Los hallazgos arqueológicos resultan insuficientes y los datos etnohistóricos que identifican a esta banda sólo se visibilizan a partir del siglo XVII aproximadamente.

Es importante considerar en este punto, el trabajo del Instituto Geográfico Militar, quienes tomado como referencia los criterios y contribuciones de Ricardo Latchman logran representar e identificar los diversos grupos étnicos que habitaban Chile hacia 1535, situando a los Chiquillanes en las laderas de la cordillera de los andes (Instituto Geográfico Militar, 2019; Grebe, 1998).

Las descripciones y análisis que hemos recopilado provienen en gran parte de fuentes etnográficas, etnohistóricas y relatos exhaustivos de cronistas e historiadores contemporáneos que investigaron las culturas nómades de la cordillera y las pampas: Cabrera (1928 a, b, c), Latcham (1929; 1930), Canals Frau (1942); Madrid. J (1977), Stehberg. R (1980), Niemeyer y León (2001), entre otros.

De acuerdo con los registros, los primeros españoles que llegaron a Chile denominaron Puelches a todos los indios que habitaban al oriente, esta identificación utilizada por los indígenas, en ningún caso determinaba componentes étnicos, es más, el concepto incluye grupos de diversa procedencia, Chiquillanes, Huarpes,

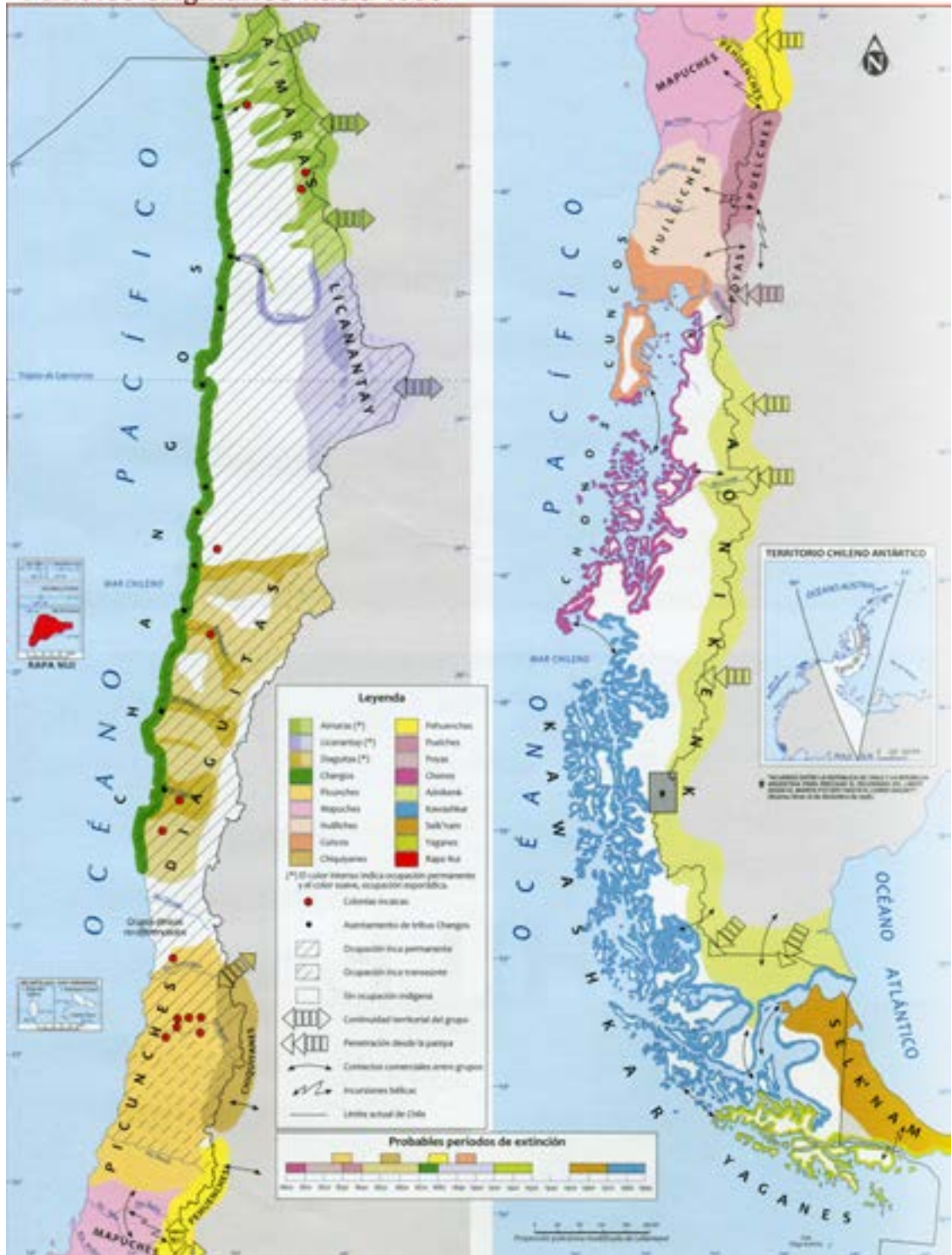
Pehuenches, Poyas o indios pampas, en general estas denominaciones eran de carácter geográfico (Latcham 1930).

Al momento de la llegada de los españoles a la región central, la cordillera de Santiago (y hacia el sur incluyendo Colchagua) se encontraba ocupada por indios ambulantes o indios montañeses, quienes permanecieron sin extinguirse hasta el siglo XIX, más específicamente entre los años 1850 y 1860 (Stehberg 1980; Niemeyer y León 2001; IGM 2019). Una de las primeras noticias que refiere a los Chiquillanes proviene de Fray Luis Gerónimo de Ore, Obispo de Concepción, quien en 1620 recorre hasta el sitio del Maule para tomar conocimiento del estado de su Diócesis. En su relato indica, entre otros aspectos, que los Chiquillanes, Chillocanes, Thithlanes de los Andes o Cordillera, Pehuenches y Puelches de sus valles orientales y fronterizos a la ciudad de Chillan aún no estaban descubiertos (Latcham 1929). Otras aproximaciones más tempranas investigadas, identificaban a los indígenas Chiquillanes como naturales pobladores de la región del Ñuble, que participaban en una serie de correrías y asaltos junto a los pehuenches y puelches, alrededor del año 1580 (Latcham 1929; Muñoz 1921).

Uno de los aspectos en los cuales existe mayor consenso entre los historiadores, cronistas y otras fuentes consultadas, es lo relacionado a su emplazamiento. Según los datos analizados, se pudo establecer que su movilidad comprendía las faldas orientales de la cordillera, entre el volcán Maipo y el Volcán Peteroa, entre los grados 34 y 35 ½, es decir desde la altura de Santiago hasta la del Maule.

Los diferentes autores y cronistas consultados plantean inicialmente una cierta relación entre los Chiquillanes con otros grupos montañosos de extracción pampeana, emparentados con los pehuenches quienes eran sus vecinos de más al sur y que habitaban el río diamante y el lago Malalhue en las vertientes orientales de la cordillera, incluidos los llamados puelches (Niemeyer y León 2001). En el área pampeana, durante el siglo XVIII sobrevivían los grupos Goicos y Chiquillanes, habitantes del sur mendocino, posteriormente integrantes de los ranqueles (Hernández 1992).

Pueblos originarios hacia 1535



Fuente: Instituto Geográfico Militar. (2019). Atlas geográfico para la educación (7a. Ed., p. 70). Santiago de Chile.



MAR DEL NORTE

MAR

PACIFICO

OCEANO DEL SUR

MAPA GEOGRÁFICO DE AMERICA MERIDIONAL DESPUES DE ORGANO

POR ORDEN DE LA REAL Y CATEDRAL DE MADRID EN COMISION DE LOS SEÑORES DON JUAN DE VIZCAYA Y DON JUAN DE GUTIERREZ DE ARANDA

Extensive text block at the bottom of the map, likely containing a legend or detailed geographical notes.

La distribución territorial de los Chiquillanes, según Cronistas, Historiadores y otras fuentes de interés, serían la siguientes:

- Ocupación de las márgenes del río Diamante (S.XVII), extendiéndose hasta el río Atuel por el sur (Cabrera 1928c).
- Se ubican en las faldas orientales de la cordillera desde el grado 34 hasta el 36, o sea desde la altura de Santiago hasta la del Maule (Latcham 1929).
- Parcialidades de indios, que a la entrada de los españoles en Chile ocupaban la parte llana del departamento de Chillán hasta las faldas de los Andes. Después se confundieron con los pehuenches de la sección oriental. (Asta-Buruaga 1899).
- Coloca en la parte oriental de la cordillera, entre el volcán del Maipo y el de Peteroa, es decir entre los grados 34 y 35 ½. Cano y Olmedilla, en (Latcham 1929).
- Se ubican junto a los Chilocanes, Thithilanes de los Andes o cordillera, Pehuenches o Puelches de los valles orientales, es decir, colindantes con la provincia de Cuyo y fronterizos a la ciudad de Chillán. Luis Jerónimo de Ore 1620, en (Madrid 1983).
- Se sitúan al norte, al pie del cerro Payen, cercano probablemente a la laguna del Diamante. Díaz de Rojas, A. 1714 en (Latcham 1929).
- Se advierte que, por la desembocadura de Tinguiririca, Teno, el Huayco y Lontué, tienen salida y entrada los indios Chiquillanes que habitan entre las cordilleras (Manuel Amat y Junient 1760).



Facsimil del mapa de América del sur compuesto por Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, 1775.

- Los Chiquillanes se extienden en la parte más oriental de esta montaña, desde el 34° hasta el 34 ½. habitan el N.E. de los pehuenches, sobre las faldas orientales de los Andes (Latcham 1929).
- Tribus indígenas que al principio de la conquista habitaban las actuales provincias de Maule y Ñuble y que con el tiempo abandonaron los llanos y se confundieron con los Pehuenches. De su nombre procede el de Chillán (Briseño 1889).
- La parte más desierta de esta cordillera es la situada entre los grados 24 y 33 de latitud, porque lo demás, hasta tocar en el grado 45, está poblado de los pueblos chilenos montañoses, llamados Chiquillanes (Molina 1788).

Aspectos socioculturales de los Chiquillanes

De acuerdo con los antecedentes proporcionados por la mayoría de los cronistas e historiadores, los Chiquillanes corresponderían a una parcialidad de los Puelches de Cuyo, quienes a su vez junto a los Huarpes formarían un grupo racial y lingüísticamente emparentados. (Canals Frau, 1942). Además, existiría una relación con los Pehuenches antiguos, es decir, Pehuenches anteriores al proceso de araucanización del siglo XVIII (1750).

Para Serrano (1947), “los Pehuenches primitivos y los Pehuenches araucanizados de los siglos XVII y XIX son para el etnólogo dos cosas distintas, aunque en los segundos se descubran, todavía, vestigios de su antigua cultura” (en Silva y Téllez 1993). Es necesario considerar, además, la existencia de otras tribus de este mismo pueblo, los Chilicanes o Chillocames y los thithilanes (Latcham 1929).

Aún en aquellos casos en que no se establece directamente la identificación entre pewenche y «huárpidos», se acepta una estrecha vinculación de los primeros con los Chiquillanes situados en el sur de Cuyo, al punto de hacer de ambos grupos una sola unidad étnica (Serrano 1947). Dicha relación resulta esclarecedora, en cuanto a que los Chiquillanes podrían tener gran cercanía etnobiológica con las huarpes de Cuyo (Latcham 1929).



Este grupo, desde el punto de vista sociocultural ha sido caracterizado desde enfoques muy diversos, centrándose en sus hábitos errantes y cultura primitiva. Uno de los aspectos más significativos que se ha logrado identificar es que los Chiquillanes hablaban la “lengua de la tierra”, denominada Milcayac, una lengua que no era la Araucana- chilena y que se distinguía por tener un sonido corrupto y gutural. Los Chiquillanes -de la familia puelche - en 1.658, hablaban su idioma propio y no el araucano (Cabrera 1928c).

En cuanto al origen y significado del nombre de esta banda, identificamos un par de versiones al respecto. La primera es que su nombre debiese ser Chiquillames, ya que la terminación llame o Yame significaba en Milcayac Gente. Los términos lanes o cames no son más que las adaptaciones españolas de la voz yame o llame y deben leerse Chiqui-llames.

La segunda versión proveniente de textos asociados a la fundación de la ciudad de Chillán, establecen que el nombre derivaría del adjetivo Chiquillán; con el cual eran conocidos los indígenas pobladores del departamento actual de Chillán, especialmente los de la cordillera y sus cercanías; Se plantea que Chillán significa región de indios corsarios, listos y ágiles para el robo, pues Chiquillán significa indio corsario (Muñoz 1921).

La tercera versión, la ofrece Casamiquela (1969) quien atribuye a que el nombre de la parcialidad se obtuvo del linaje Chiquiyu (Chikiie), más la variante ian (han) que en lengua milcayac significa gente (Stehberg 1980).

Uno de los textos analizados, escritos por el presbítero Cabrera, P. en el año 1928-1929 denominado: Los aborígenes del país de Cuyo, plantea ciertos aspectos que

Vivienda, Vestuario, Alimentación y Comercialización de bienes

En relación con la forma de habitar los territorios, su naturaleza nómada y trashumante les permitía adecuarse rápidamente al contexto de movilidad en el cual se encontraban, al igual que sus viviendas las cuales eran una especie de toldos y/o chozas de cueros de huanaco. Un dato característico de estos grupos es el uso del humo como señal de aviso de invitación, de alarma en general entre los indígenas.

Según los cronistas, algunos indios Pehuenches o Puelches, habitan en los vallecitos que hacen las quebradas de la cordillera nevada. Es gente muy agreste e inculta, semejante a lo rígido del país que habitan; sustentase de la caza de venados y avestruces y de la semilla de algarrobos: no tienen casas ni sembrados; el aire, montes y ríos los sustentan, y por el sol guían sus alojamientos, mudándose de unos a otros sitios, así como las aves y animales se mudan para pasar los tiempos del año huyendo de la nieve; andan vestidos de pieles de animales, o por mejor decir cubiertos con una piel o con muchas pieles juntas; son diestros con la flecha y el arco, y con unas bolsas de piedras pendientes de una cuerda de nervios, dan en los pies del más ligero ciervo o avestruz, y beben la sangre caliente de estos animales (Silva y Téllez, 1993).

En general, hemos observado que los Chiquillanes han sido descritos como un grupo humano que deambulaba semidesnudo, escasamente cubiertos de una piel (de guanaco) y adornados con pinturas faciales. Por la condición climática de su hábitat, no solo eran altos (de 1,70 m para arriba), también macizos, robustos, eran nómades, vivían en toldos, cubiertos de cueros fáciles de amarar y transportar, comercializaban la sal, plumas de avestruz y mantas tejidas (Zapater 1998). En cuanto a su Fisonomía, los Chiquillanes, considerando el punto de vista antropológico físico, eran más rubios que los araucanos y generalmente de alta estatura y notable robustez, eran altos, delgados y enjutos (Latcham 1929; Stehberg 1980).

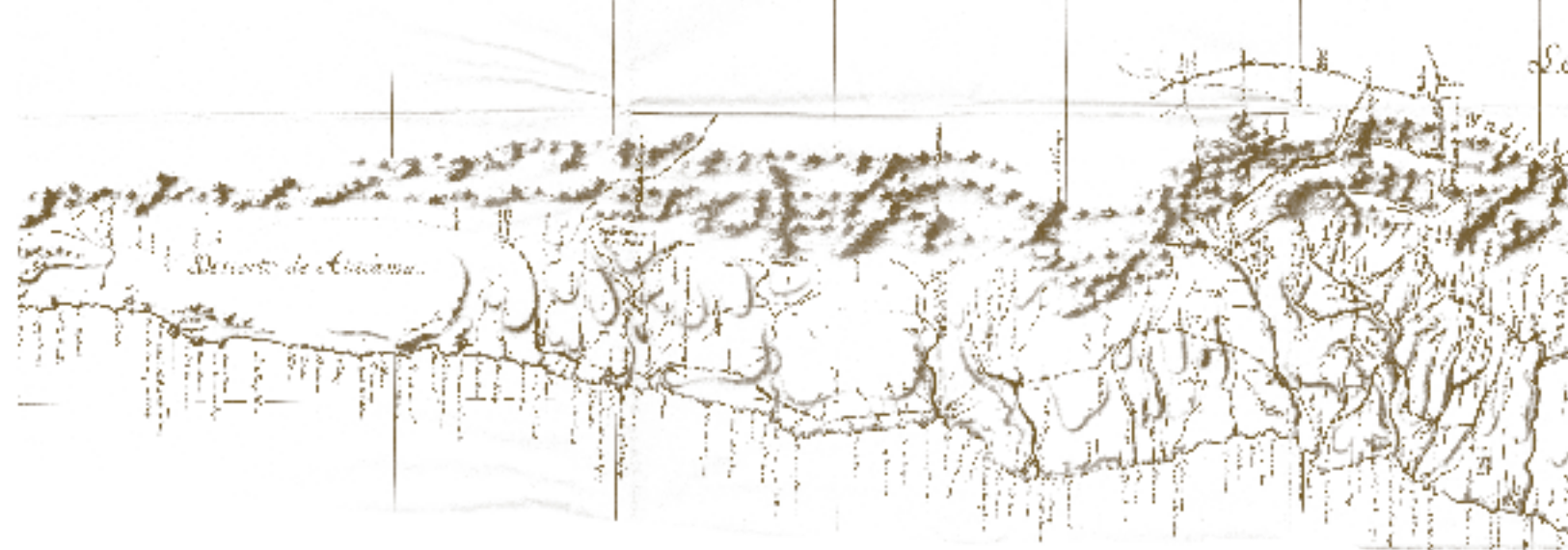
Según Gómez de Vidaurre (1789), "los montañeses son los Chiquillanes, los Pehuenches y los Puelches: habitan los valles de la cordillera bajo chozas de cuero de guanaco que mudan cuando les parece de un sitio a otro y se alimentan de carne de animales silvestres y presentemente de preferencia de carne de caballos" (Latchman 1929).

Las actividades básicas de subsistencia de estos grupos fueron la caza de animales silvestres de consumo humano y recolección de frutos y plantas del sector, sin embargo, se ha registrado un producto característico que aparece en los circuitos de comercialización asociado a la alimentación: la carne de caballo, de hecho, se utiliza el concepto "carnear".

Para estos aborígenes era como el manjar de los Dioses: la carne de caballo. El caballo en el siglo XVII, se transforma en un elemento esencial para estos grupos, generando diferentes funciones y utilidades, como por ejemplo: realizar ventas y trueques de plumeros pellones y plumas coloradas, capotillos, "porque habían ido a conchabar plumeros a trueque de caballos (Stehberg 1980; Cabrera 2014a).

Fuente: Pablo González.





Plano general del Reyno de Chile en la America Meridional

que comprehende desde el Cabo de Hornos de latitud 55. grados 50' hasta 33. de Su equid. oriental de Chile.
Hasta la punta del Cabo de Hornos de latitud 55. grados 50' y 33. de Su equid. oriental de Chile.
En el Reino de Chile en 1763.



La incorporación del caballo a su estilo de vida Cazador- recolector pedestre, generó un enorme impacto en su forma de habitar el territorio y desarrollar sus acciones cotidianas, de esta forma el caballo se transforma en un componente de enorme significancia en la vida de los Indios Ambulantes o Montañeses..."Cuando saltó sobre el caballo, desprendiendo sus plantas del suelo al que habían estado hasta entonces adheridas, llegó el indio a uno de esos momentos trascendentales que dividen dos etapas en la vida de una raza; dispuso de la carne de potro, su alimento preferido; la caza le fué fácil: venados, gamas, guanacos y avestruces, quedaron a su merced. La abundancia de pieles proporcionó relativo bienestar a su existencia. La distancia, hasta entonces un imposible, se redujo a cuestión de tiempo. Tuvo un elemento de trasporte para llevar su familia, el toldo que constituía su habitación y pesos considerables a grandes distancias. No hubo ya lugar del territorio para él inaccesible: Movilizo a la llanura, cruzó los ríos y torrentes, se internó en las travesías, penetró en la Cordillera por los pasos del Sur, y hacia Oriente llegó hasta donde concluía la tierra, y contempló el mar. Tomó posesión plena del Desierto. entabló relación con sus semejantes y con los cristianos de las poblaciones" (Cabrera 2014b).

Es importante considerar la calidad que los cronistas le otorgaban a los productos que comercializaban estos grupos humanos. Según las crónicas coloniales, los indios Chiquillanes se movilizaban entre los meses de diciembre y enero a los llanos vecinos de San Fernando a comercializar con los españoles de Colchagua, ofreciendo diversos artefactos en venta o bien a cambio del trigo y otros productos, eran principalmente cueros aderezados de huanacos, venados etc., sal, riendas, lazos, cabrestos, y otros objetos de cueros trenzados, y especialmente objetos de cestería de muy buena factura, charqui de huanaco, plantas medicinales y piedras bezares, a cambio obtenían trigo, licores, vino y armas. Es probable que estos desplazamientos respondan a un ritmo o rotación de carácter estacional de ocurrencia anual (Latchman 1929; Stehberg 1980).

Don Manuel Amat y Junient, en su derrotero de (1760) planteaba que estos indios eran "salvajes y barbaros, sin trato con los españoles sino a ciertos tiempos en que, los fronterizos comercian la sal que cuaja en abundancia y muy saborosas en las grandes lagunas que tienen en los valles que cierran las cordilleras. Alimentanse estos indios de toda especie de carnes sin reservar los caballos y yeguas y transitan de una a otra parte de la cordillera mudando las tolderías en que viven según les parece conveniente para sus contratos y robos".



De acuerdo con lo que plantea León (1990) en el contexto de tribus que empleaban intercambios fronterizos, los Chiquillanes formarían parte del mapa étnico junto a los aucas, tehuelches, serranos pampas, puelches y ranquelches, naupaches, moluches y cuncos. Algunas de estas tribus habían sido araucanizadas y otras estaban en proceso.

Gómez de Vidaurre, describe a los Chiquillanes como recolectores, ya que se alimentaban de raíces, y cazadores de animales silvestres, se alimentaban de el molle, la algarroba, y algunos otros productos silvestres, papas, semillas, tubérculos (Madrid 1977, Cabrera 1929c).

Respecto a los indicadores demográficos de los Chiquillanes, estos parecen indicar que su población era escasa. Silvestre Días de Rojas en el derrotero de la ciudad de los Cesares, memorial presentado en 1714 al rey de España menciona que los indios Chiquillanes son pocos en número que serían de dos a tres mil indios (Latchman 1929; Madrid 1977)

En síntesis, las fuentes etnohistóricas expuestas confirman la factibilidad de vida cordillerana permanente en este sector de los andes meridionales. Incluso señalan la existencia hasta entrado el siglo XVIII de un pueblo cordillerano cazador recolector de gran movilidad y escaso número que denomina Chiquillanes, adaptado a este medio y que explotaba ocasionalmente los recurso que los distintos hábitats montañosos le proporcionaban (Stehberg 1980).

Es necesario indicar, que si bien es cierto a los Chiquillanes siempre se les consideró como indios chilenos, estos poseían ciertas características que los vinculaba más con los grupos Puelches de Cuyo, Huarpes y Pehuenches antiguos, que con los mapuches o araucanos. De hecho, incursionaban más frecuentemente con estas parcialidades ya que el nomadismo constituía una de las modalidades étnicas de las tres naciones o parcialidades: Morcoyanes, Chiquillanes y Oscoroyanes (Cabrera 1928c).

A modo de síntesis

La búsqueda de antecedentes que nos permitieron indagar y comprender las diferentes perspectivas en torno a las poblaciones prehispánicas que habitaron territorios tan extensos, amplios y diversos, resultó de enorme complejidad dada la naturaleza de la información, las fuentes y los distintos enfoques utilizados por cronistas que registraron hechos y acontecimientos relativos a estos grupos humanos. Es importante considerar que la provincia de Cuyo, por ejemplo, dejó de formar parte de la Capitanía General de Chile en agosto de 1776, al crearse el Virreinato del Río de la Plata (Espejo 1888), por lo tanto, la información muchas veces se encuentra dispersa. Los relatos etnográficos y etnohistóricos con los que se pudo contar fueron escritos a partir de perspectivas muy particulares que requerían cierta contextualización histórica para su análisis y comprensión. A lo largo de la historia, sistemáticamente se ha estado construyendo y reconstruyendo distintas imágenes del indígena, llegándose a crear mitos, leyendas, alegorías y ficciones, que en algunos casos presentan sesgos etnocéntricos que distorsionan la realidad (Grebe 1998). La valoración de los elementos y componentes culturales que ellos observaron y registraron, no necesariamente abarcaban todo el espectro de la cultura material e inmaterial de los grupos humanos existentes, en este sentido, damos cuenta de las innumerables omisiones con respecto a la diversidad de manifestaciones, creencias y significados que por alguna razón no fueron consideradas en sus relatos. De esta forma, la búsqueda por mayores antecedentes conceptuales y metodológicos continúa.

La búsqueda, registro y sistematización de hallazgos que nos permitieron realizar una descripción más aproximada acerca de la cosmovisión de estos grupos, resultó una experiencia memorable. Profundizar en sus modos de vida, comprender su dinámica trashumante y su movilidad permanente, describir la interacción con otros grupos humanos y descubrir el amplio territorio en el cual deambulaban (Inter cordillerano), nos transmite una sensación de enorme respeto.

En este contexto, nuestra premisa inicial sigue en proceso de desarrollo y la idea de señalar a los Chiquillames como hacedores de los petroglifos de calabozos se mantiene presente, a pesar de lo frágil del supuesto y se admite la enorme necesidad de contar con nuevas evidencias que sostengan esta premisa. Los relatos etnográficos, etnohistóricos y los hallazgos provenientes de la arqueología, nos permitirán ahondar en esta temática y generar una línea base sólida a partir de enfoques transdisciplinarios con los cuales se podrá en un futuro, diseñar nuevas investigaciones.

Finalmente, dejamos planteadas una serie de preguntas fundamentales, de investigación, centradas en el cómo y el porqué. Esperamos que en nuestra próxima investigación se puedan responder, a pesar de estar situadas en un escenario de alta complejidad e incertidumbre, asumiremos este gran desafío: ¿Fueron realmente los Chiquillames los grupos humanos que diseñaron los petroglifos de Calabozo?; ¿Qué motivaciones, habilidades y sabidurías permitieron que estos grupos humanos (Bandas de cazadores- recolectores, pedestres, trashumantes y montañeses) plasmaran cientos de figuras teniendo como escenario (esas) rocas y (esas) montañas?; ¿Qué sentido y significado le atribuían a estos grabados?; ¿Qué aspectos o anhelos más profundos, fueron los que inspiraron a este grupo humano a manifestarse a través de las piedras, ríos y montañas?; ¿Fue su intención, perpetuar y transmitir este legado a generaciones futuras?; ¿Es posible, a través de los escasos vestigios y relatos existentes, reconstruir la historia social y cultural de este grupo humano?.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

Referencias bibliográficas

- Amat y Junient, M. (1770 - 1774). Historia geográfica e hidrográfica con derrotero general correlativo al Plan del Reyno de Chile que remite a nuestro monarca el señor don Carlos III que dios guarde, Rey de las Españas y de las Indias su Gobernador y Capitán General Don Manuel de Amat y Junient. Publicado en la *Revista Chilena de Historia y geografía (1927) Sociedad chilena de historia y geografía y del archivo histórico nacional*. Tomo LI. N° 55 1925-1926, Santiago de Chile. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-122030.html>
- Asta-Buruaga, F. S. (1899). *Diccionario geográfico de la República de Chile*. Imp. de FA Brockhaus. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/631/w3-article-580752.html>
- Briseño, R. (1889). *Repertorio de antigüedades chilenas: O sea, de los primeros pasos por Chile dados en las distintas sendas de su vida pública, desde que fue descubierto hasta que logró sacudir el Yugo Colonial*. Imprenta Gutenberg.
- Cabrera, P. P. (2014a). Los aborígenes del país de Cuyo (Continuación). *Revista De La Universidad Nacional De Córdoba*, 2(5/6), 69-133. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/6988/8063>
- Cabrera, P. P. (2014b). Los aborígenes del país de Cuyo (Continuación). *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 2(9/10), 71-124. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/6924/7994>
- Cabrera, P. P. (2014c). Los aborígenes del país de Cuyo (Conclusión). *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 2(7/8), 126-179. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/7211/8294>
- Canals Frau, S. (1941). La lengua de los Huarpes de San Juan. En *Anales del Instituto de Etnografía Americana* (Tomo 2, pp. 43-168), Universidad Nacional de Cuyo. <https://bdigital.uncu.edu.ar/13389>
- Canals Frau, S. (1942). La cultura de los huarpes. En *Anales del Instituto de Etnografía Americana* (Tomo 3, pp. 289-322). <https://bdigital.uncu.edu.ar/13462>
- Canals Frau, S. (1942) La lengua de los huarpes de Mendoza. En *Anales del Instituto de Etnografía Americana* (Tomo 3, pp. 157-184). <https://bdigital.uncu.edu.ar/13442>
- Canals Frau, S. (1973). *Las Poblaciones indígenas de la Argentina*. Sudamericana.
- Cancino, N. (2017). Los tratados millcayac y allentiac (1607) de Luis de Valdivia. Noticia de un hallazgo bibliográfico. *Onomázein*, (37), 112-143. <https://doi.org/10.7764/onomazein.37.11>
- De la Cruz Cano y Olmedilla, J. (1775). *Mapa Geografico De America Meridional*. https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~240074~90115526:Composi-te---Sheets-1-8--Mapa-Geogra?sort=Pub_List_No_InitialSort&qvq=q:6931010;sort:Pub_List_No_InitialSort;lc:RUMSEY~8~1&mi=0&trs=1
- Espejo, J. L. (1888). *La provincia de Cuyo del reino de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/645/w3-article-330174.html>
- Espejo, J. L. (1888). *La provincia de Cuyo del reino de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9835.html>

- Grebe, M. E. (1998). *Culturas indígenas de Chile: un estudio preliminar*. Pehuén.
- Hernández, I. (1992). *Los indios de Argentina*. Fundación Mapfre.
- Instituto Geográfico Militar. (2007). *Atlas geográfico para la educación*. Santiago de Chile: IGM, 92.
- Latcham, R. (1930) Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI. *Revista chilena de historia y geografía / Sociedad Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXIV-LXV, n° 68-69, 194-227. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-122042.html>
- Madrid, J. (1983). Los Chiquillanes indígenas ambulantes del cajón del Maipo. *Boletín de Prehistoria de Chile N°9*. Universidad de Chile
- Medina, J. (1918). *Fragmentos de la doctrina cristiana en lengua Millcayac: únicos que hasta ahora se conocen sacados de la edición de Lima de 1607*. Imprenta Elzeviriana. <https://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-9566.html>
- Molina, J. I. (1788). *Compendio de la historia geográfica natural y civil del Reyno de Chile*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc4q7w4>
- Muñoz, R. (1921). *Chillan sus fundaciones y destrucciones. 1850-1835 Santiago de Chile*. Imprenta de san José .
- Niemeyer Fernández, Hans & León Vargas, Víctor M. (2001). *Arte rupestre precolombino en el tinguiririca: provincia de Colchagua sexta región de Chile*. Gobierno de Chile Ministerio de Educación, FONDART.
- Serrano, A. (1947). *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica*. Nova.
- Stehberg, R. (1980). Aproximación metodológica al estudio del poblamiento humano en los Andes de Santiago (Chile). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, (37), 9-41. <https://publicaciones.mnhn.gob.cl/668/w3-article-64126.html>
- Silva, O., & Téllez, E. (1993). Los Pewenche: Identidad y configuración de un mosaico étnico colonial. *Cuadernos de Historia*, (13), 7-54. <https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/46636>
- León, L. (1990). *Maloqueros y conchavadores: en araucanía y las pampas, 1700-1800* (Vol. 7). Universidad de la Frontera. <https://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8183.html>
- Zapater, H. (1998). *Aborígenes chilenos a través de cronistas viajeros*. Andrés Bello.

**II PARTE:
TRABAJO DE CAMPO**

La Expedición a Calabozos

Observaciones efectuadas en la visita al sitio Calabozo 1, del 21 a 23 de enero, 2022

Rubén Stehberg

El viaje

Iniciamos el viaje al estero Guaiquivilo el viernes 21 de enero 2022, a las 9.30 hrs, en dos camionetas doble tracción conducidos por Oriel Muñoz (Gerente de fundación Trekking-Chile y su hermano. El grupo estaba integrado por Pablo González, jefe del proyecto; Alejandro Morales, co-investigador; Rubén Stehberg, co-investigador; Ángel Bravo, tesista de arqueología de la Universidad de Chile; Franco Castellani, videísta y Franc Holl, logístico.

Tras recorrer unos 100 kilómetros por el camino internacional por laguna de el Maule, tomamos un desvío de tierra en dirección sur hacia el cajón del Melado y a continuación hacia el cajón del Guaiquivilo. El camino vehicular estaba en algunas partes muy malo, siendo necesario el uso de la doble tracción. Llegamos al punto de encuentro acordado con el arriero Gerardo Espinoza a las 12.30 hrs, quien nos esperaba con cinco caballos. Los puentes sobre el río Melado y río Guaiquivilo estaban sin llave, a diferencia de la campaña anterior de enero 2019, donde estaban cerrados.

Coincidió nuestra visita con la fiesta de San Sebastián, patrono del Melado, con fiestas el 20 de enero y 20 de marzo. Un señor pagó una manda ofreciendo una vaquilla a los participantes en la capilla de El Ballical. Había también una ronda médica en El Maggi y, una multitud de camionetas cargadas hasta el tope con lugareños y turistas desplazándose por todos lados.

Nuestro guía Gerardo fijó como punto de partida una senda distinta a la utilizada en la campaña anterior. Hizo avanzar las camionetas y su hermano por un camino vehicular hasta ganar cierta altura. Desde allí utilizamos una huella caballar al cajón del Calabozo. Íbamos tres montados (Franco, Gerardo y yo), dos animales cargados y el resto conformado por Alejandro, Franc y Ángel a pie. Oriel y su hermano quedaron en Guaiquivilo con las camionetas a la espera de nuestro regreso, tiempo que utilizaron en pescar. Mientras Gerardo cargaba los caballos, los de a pie iniciaron viaje.

El sendero se desarrolló por espacio de un kilómetro aproximado siguiendo una misma cota para luego descender suavemente al estero. Todo el recorrido se hizo por la margen sur del curso de agua, sin necesidad de cruzarlo. A los 4 km aproximadamente se llegó a la vega el Álamo, alojamiento del puestero del sector, donde se realizó un descanso. Otros 4 km ahora de subida y arribamos al sitio. A los que iban a pie les tomó 3.45 hrs completar el recorrido, en tanto que los de a caballo lo finiquitaron en en 2.15 hrs, incluyendo un descanso de 30 minutos. La distancia en línea recta medida por GPS entre el punto de inicio y el sitio con petroglifos fue de 6,8 km. Curiosamente llegamos ambos grupos casi juntos al lugar de destino. Esto porque el grupo a caballo partió más de una hora después por la demora que significó cargar los animales. Para Alejandro este era su cuarto viaje al sitio.

A partir de el Álamo observamos la intensidad que tuvo el temporal del pasado 07 de diciembre 2021. Según nuestro “guía de cabalgata” llovió una hora pero con una energía tal que produjo muchísimos aluviones, borrando en parte el sendero. Las laderas de los cerros mostraban los restos de las avalanchas de roca y barro, mostrando profundos surcos y penetrando en forma de abanico al estero. Gerardo, con sus animales, debió rehacer el sendero en varias partes, lo que retrasó la marcha.

Llegamos al sitio que denominamos Calabozo 1, a las 18.45 aproximadamente. Nuestro logístico alemán Franc, armó rápidamente cuatro carpas y luego preparó con gran eficiencia una exquisita cena que incluyó aperitivo, consomé, plato de fondo y fruta en conserva. En la sobremesa Rubén expuso su interpretación de los glifos basado en la lectura de una veintena de artículos sobre arte rupestre que había revisado en Santiago antes del viaje. A continuación se proporciona un resumen de lo relatado.

Hipótesis interpretativa de los petroglifos

De acuerdo al detallado estudio de Hans Niemeyer y Lotte Weisner (1971), el sitio de Calabozo constó de 945 glifos de los cuales 183 (19,36%) correspondieron a improntas de pie humano; 463 (49%) a figuras geométricas abstractas y, 299 (31.64%) a elementos figurativos que se repartieron entre improntas de mano humana (12), improntas de animales (79), antropomorfos (4), zoomorfos (9), fitomorfos (22), figuras de simetría axial (128), líneas paralelas (125), escaleras (16), rastrillo (19), triángulos en serie (21), alfileres (18), lineaturas con ganchos (20), círculos (91) y figuras laberínticas (25).

Las improntas de pie humano correspondieron al denominado “estilo de pisadas” o “estilo de rastro”, de amplia dispersión mundial y elemento característico de las poblaciones cazadoras-recolectoras que poblaron los distintos continentes. El motivo surgió hace unos 100 mil años en África encontrándose presente en el arte rupestre más antiguo para luego iniciar su dispersión por el resto del planeta. Tuvo, asimismo, amplia dispersión en la región pampeana y patagónica argentina, Brasil y Chile, entre muchos otros lugares (Oliva y Panizza 2015). Estudios etnográficos realizados a cazadores-recolectores de Australia, estos manifestaron conocer las pisadas de todos los miembros de su comunidad social y las de su entorno. Podían estimar, a través del peso, si un cazador había tenido éxito en su cacería y cuánto tiempo atrás había transitado por el lugar. Por las pisadas podían saber si había animales cerca y a través del seguimiento de su rastro asegurar su captura y obtener su alimento.

Por lo tanto, identificar pisadas humanas y animales y seguir su rastro era una actividad central en la vida social y económica de los cazadores, situación que quedó reflejada en sus representaciones visuales. Pero hay algo más. Las pisadas identificaban a las personas y, por tanto, su grabado en una roca indicaba su presencia. Era un marcador espacial y un aviso a otros cazadores que ese espacio les pertenecía y, en consecuencia, no podía ser utilizado. Eso explica el porqué las quebradas y cajones cordilleranos se cubrieron de petroglifos.

A juicio de Rubén, el resto de los glifos, ya fueran figuras geométricas abstractas o figurativas pertenecieron al denominado teoría o modelo shamánico (Bertilsson 2013) o arte shamánico (González 2001). Esta teoría o modelo tuvo una gran dispersión mundial estando documentada con apoyo arqueológico y etnográfico en África y América, entre otros continentes. Aquí el especialista religioso que grabó se habría inspirado en los fosfenos (Reichel-Dolmatoff 1985) o alucinaciones visuales de imágenes luminosas geométricas producidas por diferentes medios (ayuno, baile, hiperventilación o consumo de psicoactivos vegetales o animales) que el shamán o curandero del grupo experimentaba durante sus sesiones de conexión con el mundo de los espíritus. Estas sensaciones inducidas por un estado alterado de la conciencia podían permanecer largo tiempo e incluso, si las ceremonias se repetían, podían quedar permanentemente en el individuo (Alonso 2002).

Esta hipótesis supuso que los cazadores-recolectores del Melado tuvieron mediadores que conectaban el mundo de los vivos con el mundo de los espíritus y que para conseguirlo recurrieron a la auto alteración de sus estados de conciencia (trance). Estos sitios sagrados pudieron tener la función de oráculos, es decir de lugares sagrados donde concurría la población local a consultar la opinión de los espíritus antes de tomar decisiones importantes (Echeverría 2021). Existe abundante información al respecto en las sociedades complejas andinas, pero el tema ha sido poco estudiado entre grupos marginales alejados del centro nuclear andino. Reforzaría esta hipótesis la total ausencia de representación del guanaco y ñandú, los principales recursos alimenticios obtenidos por estos cazadores. Asimismo, la ausencia del caballo, animal que fue incorporado en la vida de los grupos cordilleranos y serranos de las montañas andinas de Chillán a partir de la segunda mitad del siglo XVI (Muñoz 1921). Su nula representación en los petroglifos podría explicarse por su ausencia en los fenómenos entópticos observados por los shamanes.

En Calabozo 1, Alejandro sugirió, a nuestro entender acertadamente, que dos antropomorfos con raras extensiones en la cabeza y las extremidades, pudieron representar a shamanes. En suma, como hipótesis de trabajo el arte rupestre del sitio Calabozo 1, fue incluido en el estilo de pisadas por una parte y, como arte shamánico, por la otra.



Existe información que las cordilleras entre Chillán y Santiago estuvieron ocupadas hasta el siglo XVIII por grupos de cazadores-recolectores cordilleranos conocidos cordilleranos, serranos o Chiquillanes, con amplias conexiones con los puelches pampeanos (Muñoz 1921). Nos surgió la pregunta si estos últimos habitantes aún grababan dibujos en las piedras o esta antigua tradición de sus antepasados ya había desaparecido. Con estas ideas en mente enfrentamos el trabajo en terreno del día siguiente.

La noche estaba fría y estábamos cansados así que nos acostamos temprano, alrededor de las 23 hrs.

Trabajos en Calabozos 1

El día 22 nos levantamos a las 7 am y alcancé a observar la salida del sol a las 7.05 am, pero la foto la saqué cuando el sol ya estaba afuera. Mi interés era ver si desde el sitio se veía el solsticio de verano y, aunque estábamos a un mes desde ocurrido el último evento, había espacio suficiente en el horizonte para verlo. Digo esto porque los cerros de ambos lados del cajón restringían bastante el campo visual de la cordillera. El sol salió a unos 5° al norte de la punta de un volcán que apenas asomaba detrás de la cordillera frontal. En Santiago pediré al arqueoastrónomo aficionado Alexis López que me calcule donde debió salir el sol el último solsticio y ver si coincidió con dicha punta de volcán.

A continuación, Franco procedió a hacer un vuelo dron por el sitio, aprovechando la luz del amanecer. Después del desayuno todo el grupo se dirigió hacia la Casa de Piedra, distante una hora aguas arriba por el cajón. Una enorme roca caída de la montaña generó espacios en sectores opuestos de su base los que fueron aprovechados por los arrieros para construir dos habitaciones y un corral para animales. El techo rocoso totalmente estaba tiznado por carbón producto de los fogones. No encontré restos de material indígena en superficie. El depósito estratigráfico al interior de los recintos era poco potente, dejando espacio donde realizar una excavación arqueológica.

De regreso al campamento base almorzamos. El calor y la radiación solar eran tan intensos que no pude trabajar hasta las cinco de la tarde. Debí permanecer al interior de la carpa descansando. Después de esa hora inicié un recorrido por los petroglifos, sacando fotos con la cámara prestada por el arriero. Busqué en vano restos de las herramientas de piedra que debieron utilizar los indígenas. Es posible que la intensidad de las lluvias y la fuerte pendiente hayan trasladado dichos materiales aguas abajo hasta el estero. Franc nos tenía lista la cena a las siete. Picoteo, sopa y fideos con salsa de champiñones y pollo. Muy buen cocinero. Ángel y Pablo González eran veganos así que hubo que preparar todo por separado y cada uno se sirvió según su preferencia. A las 20.30 hrs, después de que Gerardo recibiera la visita del puestero de el Álamo, Alejandro Morales asó un costillar de cerdo, debidamente aliñado y acompañado de vino en caja, que me pareció un manjar. Nos acostamos pasadas las 24 hrs, disfrutando de la noche estrellada. Vimos caer varios meteoritos.

Fotografías verticales con drón y últimas observaciones de los petroglifos

El día domingo 23, nos levantamos a las 6.30 am. Había que dejar todo fuera de la carpa para que Franc las desarmara, mientras tomábamos desayuno. A las siete todos estábamos pendiente de la salida del sol. Se sacaron fotos muy buenas, sobre todo aquellas que combinaban petroglifos con la vista a la cordillera.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

Amanecer del 23 de enero 2022.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

A las 7.30 hrs Franco y Rubén retornaron a los petroglifos para sacar fotos con el drón y hacer observaciones detalladas relacionadas con las tonalidades de las pátinas y la presencia/ausencia de líquenes.

En lo referente a las pátinas cabe mencionar que cuando el último glaciar se retiró definitivamente de la roca de Calabozo 1, hecho ocurrido hace miles de años atrás, dejó su superficie horizontal, desnuda y pulida, con su característico color blanco. A continuación, un lento proceso de oxidación fue cubriendo la piedra con una capa óxido protectora de color rojo a morado oscuro de unos dos milímetros de espesor hasta cubrirla completamente. El color rojo debió provenir de minerales ferruginosos presentes en la composición de la roca.

Muchos años después, alrededor del siglo XII d.C, según Niemeyer y Weisner (1971) llegaron grupos de cazadores-recolectores cordilleranos al lugar y lo eligieron como un lugar sagrado donde realizar sus ceremonias y grabados. Sin duda, las particularidades geográficas y petrográficas del sitio fueron determinantes. El lugar se encontraba al pie de una montaña con glaciar permanente, en un sector de saltos de agua, cerca de un estero cuyas aguas corrían en dirección a la salida del sol (algo bastante inusual en la cordillera de Los Andes) y con las características ya

mencionadas de la roca. Sabido es que para casi todos los pueblos de la antigüedad, el color rojo era el más importante después del color negro y blanco. Para los cazadores-recolectores del Melado esta no habría sido una excepción.

Mediante el empleo de una piedra dura de punta afilada fue posible remover fácilmente la pátina y llegar a la superficie blanca de la roca, produciendo un delicado contraste entre ambos colores. Justamente ese fue el procedimiento que utilizaron los indígenas para grabar sus figuras cargadas de significado. En el transcurso de varios siglos que Niemeyer y Weisner (1971), calcularon entre los siglos XII y XVI, se dibujaron los 945 glifos ya mencionados. Una vez finalizado el piqueteo, se reinició el proceso natural de oxidación y, lentamente comenzó a formarse una nueva pátina de suave tonalidad rojiza.

Pudimos distinguir visualmente al menos tres tonalidades distintas, una rojiza suave, una menos rojiza y otra blanca, correspondientes a tres momentos distintos de ejecución de los glifos. Obviamente, hubo muchísimos más momentos de ocupación del sitio y que habrían producido gran variedad de tonalidades, pero éstas no eran perceptibles a simple vista.

Se pudieron diferenciar aquellos motivos más antiguos, de los intermedios y los más recientes. Este proceso de separación era fundamental, porque en muchas rocas la aglomeración era tal que no se podían distinguir las distintas figuras. Se avanzó bastante y quedó pendiente proseguir los análisis en laboratorio, a partir del análisis de fotografías. El estudio total del sitio escapa los alcances del presente proyecto y quedará como una tarea pendiente para abordar en el futuro.

Vista a la salida del sol del 23 de enero 2022 desde uno de los bloques con petroglifos.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

Esta fotografía exhibió el característico patrón de glifos atiborrados que caracteriza al sitio. Los dibujos completaron la superficie disponible evitando las superposiciones, las cuales son bastante escasas. Con tantos motivos la lectura se dificultó enormemente. Se distinguieron distintas tonalidades en las pátinas de los grabados. Por ejemplo, el meandro central localizado a la derecha de la grieta presenta su pátina de color blanco indicando una ejecución más reciente. En cambio, el círculo con punto central a la izquierda de la grieta presenta pátina rojiza señalando su mayor antigüedad. La flecha vertical al costado derecho del meandro podría representar un momento intermedio. El reticulado oblicuo horizontal de la parte inferior de la foto, parece haber sido ejecutado en tres momentos distintos, representados por las diferentes coloraciones de sus pátinas y la técnica de ejecución. Así la parte central presentó un trazado más fino, cuerpo lleno y tonalidad más oscura, lo que indicaría mayor antigüedad, en contraposición al reticulado más tosco, claro y sin relleno de la izquierda, que sería más reciente. El trazado de la derecha pudo representar un momento intermedio. Este análisis indicó que esta figura fue realizada en etapas, pudiendo pasar bastante tiempo entre una y otra. Este tipo de agregados posteriores o completamiento de figuras son una característica del arte de este sitio.

Este glifo de un par de sandalias exhibe diferencias de pátina y completación de figura. Si uno observa el glifo de la derecha se puede observar en la parte superior el extremo de un pie humano de tamaño grande con dedos rectos y verticales. Su pátina rojiza tenue indica antigüedad. En su interior se trazó un pie humano con cinco dedos. Su coloración más blanquecina indicó que era cronológicamente posterior. El glifo de la izquierda presentó coloración aún más clara y una serie de dibujos interiores, que podría representar un tercer momento de ejecución. Al momento de interpretar estos glifos es conveniente tener en cuenta que muchos de ellos fueron realizados en diferentes oportunidades y, muy posiblemente, por distintas personas.

En general los dibujos más antiguos mostraron una ejecución más esmerada, con trazos más angostos y mejor definidos que los posteriores. Las figuras siguientes muestran glifos pertenecientes al momento más antiguo.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

Tres ejemplos de glifos de ejecución delicada y pátina rojiza, considerados como los más antiguos del sitio Calabozo 1.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

Tres ejemplos de glifos con ejecución descuidada, con presencia de surcos más gruesos y pátina blanquecina, considerados como más tardíos. Fotografía: Franco Castellani.

Otro aspecto importante que observamos fue la presencia de líquenes. Esta planta coloniza la roca. Su ciclo vital es muy lento y su nacimiento, desarrollo y muerte puede tardar desde 45 años hasta varios milenios, de acuerdo a la especie que se trate y las condiciones medioambientales. En general, en ambientes de montaña con nieve y frío intenso en invierno su velocidad de crecimiento es más lento. La variedad de especies presentes en una roca y el diámetro que puedan alcanzar son indicadores de tiempo relativo. Reconocimos dos especies distintas de liquen, una de color verde oscuro de uno o dos centímetros de altura y otra verde claro, de menor altura. Identificamos líquenes muertos de coloración pardos claro cubriendo glifos antiguos. En general, los glifos más recientes no tenían liquen. Este método reforzó las observaciones de cronología relativa que efectuábamos a través de las pátinas.

© Ph. Franco Castellani. Chileografos.



La foto muestra en el extremo inferior izquierdo un liquen verde oscuro en pleno crecimiento aprovechando la humedad que le provee la grieta. Se observan dos manchas pardo claro en el centro y en el extremo derecho correspondientes a líquenes muertos. El liquen del centro cubre parcialmente el glifo ovalado (pie humano), indicando que el grabado es anterior al liquen. Como la tonalidad del surco es blanquecino, se trataría de un glifo perteneciente al grupo más reciente, pero el liquen indica que tiene varios siglos. Entonces, podríamos datar tentativamente el glifo en el siglo XVIII o anterior. Es muy posible que el liquen pueda ser datado mediante el método del carbono 14, lo que nos daría un fechado absoluto de la muerte del vegetal.

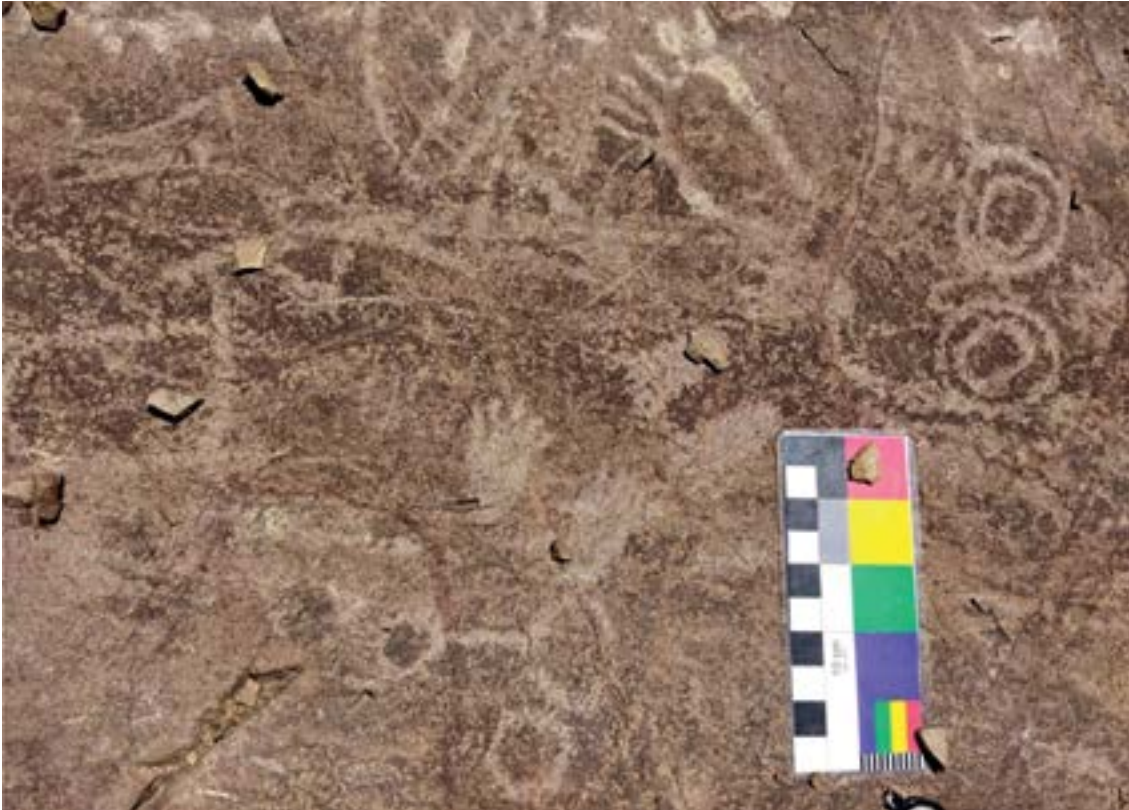


© Ph. Franco Castellani. Chilegrafos.

La foto muestra una figura formada por triángulos unidos por el vértice. La tonalidad del surco y su ejecución esmerada sugieren elevada antigüedad. Esta suposición se ve reforzada por la presencia de líquenes muertos de color pardo claro cubriendo partes del grabado. En cambio, a mano derecha se observan trazados más descuidados y coloración blanca de la pátina indicando una data más reciente. En este último grabado los líquenes están completamente ausentes, reforzando la escasa antigüedad del grabado.



Este interesante y único glifo nos pareció que representaba figuras humanas estilizadas. Especialmente el de más a la derecha, parece tener representadas la cabeza y sus extremidades superiores e inferiores. Pero la literatura arqueológica lo identifica como un posible quipu y sus correspondientes nudos (Blanco et al. 2015).



La variabilidad de representación de las pisadas y huellas humanas en Calabozo 1 era enorme. En la foto se distinguen dos pares de pisadas grabadas en tratamiento plano y una lineal de contorno. Estas fueron las dos formas de representar las pisadas en Calabozo 1 y coincidió con la técnica de grabar de pisadas realizados por sociedades agroalfareras con un importante aporte de la caza y pastoreo de camélidos de ca 2500 AP. al 900 AP de los desiertos sur andinos (Falchi y Podestá 1015).

Otro aspecto observado correspondió a las superposiciones de glifos. En los momentos más antiguos e intermedios, cuando aún quedaba bastante espacio disponible donde grabar, las superposiciones eran muy escasas. Pero a medida que avanzó el tiempo y la superficie aprovechable se fue reduciendo empezaron las superposiciones. En la foto XXX se ve una raya que cruzó un glifo más antiguo. Los visitantes del siglo XX han rallado con herramientas afiladas muchos glifos y han inscrito sus nombres y la fecha de su visita, sin respetar los grabados arqueológicos. Estas prácticas violan la ley de Monumentos Nacionales y atentan severamente contra la preservación del patrimonio.



Encontramos tres cruces. Una efectuada con un cuchillo o herramienta metálica filuda, con zurco muy delgado y que no siguió la técnica indígena. Se localizó entre los dedos largos de una mano humana y una serie de puntos que enmarcaban el glifo. Seguramente fue hecha por un visitante algún tiempo atrás, posiblemente durante el siglo XX. La pátina de la mano y de los puntos presentó coloración blanca, indicativa de poca antigüedad, pero el líquen muerto que la recubría le asignó varios siglos de antigüedad, por lo que podría corresponder al siglo XVIII o poco antes. Constituyó la única mano presente en el sitio.



Asimismo, distinguimos dos cruces elaboradas con la técnica indígena de piqueteado. Una de ellas tenía tres brazos equidistantes, mientras que el brazo inferior era más alargado. Los bordes eran simple bordeado y completaba el diseño un trazo interior horizontal. Constituye una transformación de la popular cruz equidistante, simple bordeada, presente en muchos sitios con petroglifos de América y que pudo representar a Venus o la estrella matutina (Sánchez 2006). Creemos que la modificación se efectuó para representar la cruz cristiana. La coloración blanca y la ausencia de líquen reforzaron su cronología más reciente, seguramente siglo XVIII.



Identificamos otra cruz parecida pero muy alterada por ampliaciones posteriores. Presentó sus ampliaciones equidistantes pero las intervenciones posteriores efectuadas en su extremo superior e inferior dificultaron su visualización. En todo caso, la técnica, el color de la pátina y la ausencia de líquen indicó un momento tardío de ejecución, seguramente en el siglo XVIII.



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

La ausencia de glifos alusivos a la presencia hispana, como caballos, jinetes y/o cruces católicas no es prueba de que los indígenas cordilleranos hubieran abandonado, a la llegada del conquistador español, las ceremonias en las rocas o del grabado de glifos. Es perfectamente posible que hayan continuado su uso. De hecho los intentos de evangelización de los Chiquillanes fueron bastante tardíos, en el siglo XVIII y no hay constancia de que fueran exitosos (Madrid 1977). De haber continuado la costumbre de grabar sus pisadas y de plasmar en la roca los productos de sus alucinaciones se constituirían en uno de los últimos grupos de cazadores-recolectores del mundo en practicar esta tradición. Sin duda, este tema merece mayor profundización.

Buscando descendientes de Chiquillanes

En el viaje de regreso a Talca comenté a Oriel la conveniencia de encontrar un informante clave que pudiera proporcionar información sobre los antiguos habitantes de la cordillera del Maule y sus descendientes. En la tarde de ese mismo día nos avisó telefónicamente que había conseguido el nombre de Vicente López, arriero oriundo de Altos de Vilches y que conocía el tema. Su hija Karina nos informó que su padre estaba trabajando en el Ballical, en el cajón del Melado. Decidimos ir a verlo a la mañana siguiente, martes 25 de enero. Lo encontramos junto a Josué Sepúlveda, también de Vilches Alto, explotando un bosque nativo con permiso de CONAF. Fueron muy amables y nos convidaron un rico plato de porotos cocinados a las brazas. Pero no quisieron proporcionar información. Al parecer tenían un pacto de silencio y negaron tener conocimiento del pasado más remoto del área. Desilusionados regresamos a Talca. En el camino Alejandro recordó a Jairo Valdés, quien a no dudarlo, tendría la información que buscábamos. Lo llamé y acordaron una reunión en Talca a las 5 de la tarde de ese mismo día.

Jairo era el informante clave que buscábamos. Tiene unos 35 años y ha dedicado su vida a entrevistar a los más antiguos arrieros y puesteros del Maule. Posee muchísima información y una colección de fotos antiguas digitalizadas. Fue entrevistado por Alejandro, Franco y Rubén. Hablaron con él durante casi 3 horas. Contó de todo. De su entrevista a Roberto Carter, anciano de 100 años de Colbún, ya fallecido. De las diferentes costumbres entre los arrieros del Maule y las del huaso chileno. De su forma de hablar; del uso de palabras propias como pilchas, tuentos, mojonnes, blanquillo, chigua, launas y charna; de los diseños que modelan las mujeres en sus tejidos y los arrieros de Colbún en sus monturas o en sus tatuajes. Estos diseños tienen una clara similitud con los dibujos de los petroglifos y demuestran una notable continuidad cultural. Jairo supone que los antepasados de estos personajes debieron ser los cazadores-recolectores cordilleranos, aunque no tiene evidencia de ello. Sugiere distinguir entre los arrieros que llevan y traen los animales, de los puesteros que se quedan en la cordillera cuidando al ganado en verano y de los guías de cabalgata, que llevan a los turistas a recorrer la montaña. Mencionó la fuerte relación de los habitantes de la cordillera del Maule con el oriente argentino y con el gaucho cuyano, con los cuales se comunican a través de pasos que ellos conocen. Estimó en menos de 20 puesteros los que quedan en las cordilleras del Maule. Recordó a Hugo Gutiérrez, de 49 años, oriundo de Picaso Bajo, en Vilches Alto, quien tiene muchos datos de la cordillera. Conoce de plantas y de las historias locales.

A las 18.30 hrs se unió a la reunión Karina, hija de Vicente López. Se mostró muy abierta a dar información y reconoció que su padre tiene muchos conocimientos de su pasado, pero que los arrieros y puesteros no quieren hablar de sus raíces porque la gente se “burla” de ellos. Finalizamos la reunión recomendando enfáticamente a Jairo que publique un libro con su valiosa información y le ofrecimos nuestro apoyo para ayudarlo en la tarea. Finalmente quedó con Alejandro en trabajar el texto. Nuestra conclusión es que los antiguos Chiquillanes dejaron descendencia en el Maule y que valdría la pena perseguir su rastro. Sin duda, sabían perfectamente que sus grabados trascenderían el tiempo y serían conocidos por sus descendientes. Lograr que los actuales habitantes del Maule El reencuentro de los habitantes del Maule con su pasado aborigen dependerá en gran medida de los trabajos de difusión que realice el Museo Regional del Maule y del libro que Jairo llegue a publicar.

Algunas reflexiones finales

Es notable en los petroglifos de Calabozo 1 el apego de los cazadores-recolectores de la cordillera del Melado al estilo de pisadas y arte shamánico que tuvo en América y en otros continentes un amplio desarrollo y una enorme profundidad cronológica. En este sentido, estos grupos presentaron un comportamiento muy conservador, manteniendo a lo largo del tiempo sus tradiciones sin introducir muchos cambios. Creemos que los denominados Chiquillanes del siglo XVIII constituyen los descendientes de estos cazadores-recolectores y que hasta fines de ese siglo mantuvieron vigentes sus antiguas costumbres. Estos grupos fueron totalmente impermeables a las influencias andinas, pese a que durante muchos siglos ocuparon espacios cercanos y colindantes a grupos agroalfareros bastante andinizados. Los cazadores-recolectores del Melado, por el contrario, tuvieron relaciones muy estrechas con el mundo de la pampa-patagonia estando, posiblemente, emparentados con los Puelches cuyanos y sus antepasados, compartiendo su lengua milcayac.

Las milenarias tradiciones mundiales de los cazadores-recolectores de grabar los rastros y pisadas y de practicar ceremonias alucinatorias para contactar a los espíritus tendrían en los habitantes de las cordilleras del Maule uno de sus últimos representantes. Aquí, al igual que en muchas otras partes del planeta, grabaron lo que estimaron más importante en sus vidas y, lo dejaron plasmado en las rocas, para compartir este conocimiento con las futuras generaciones.

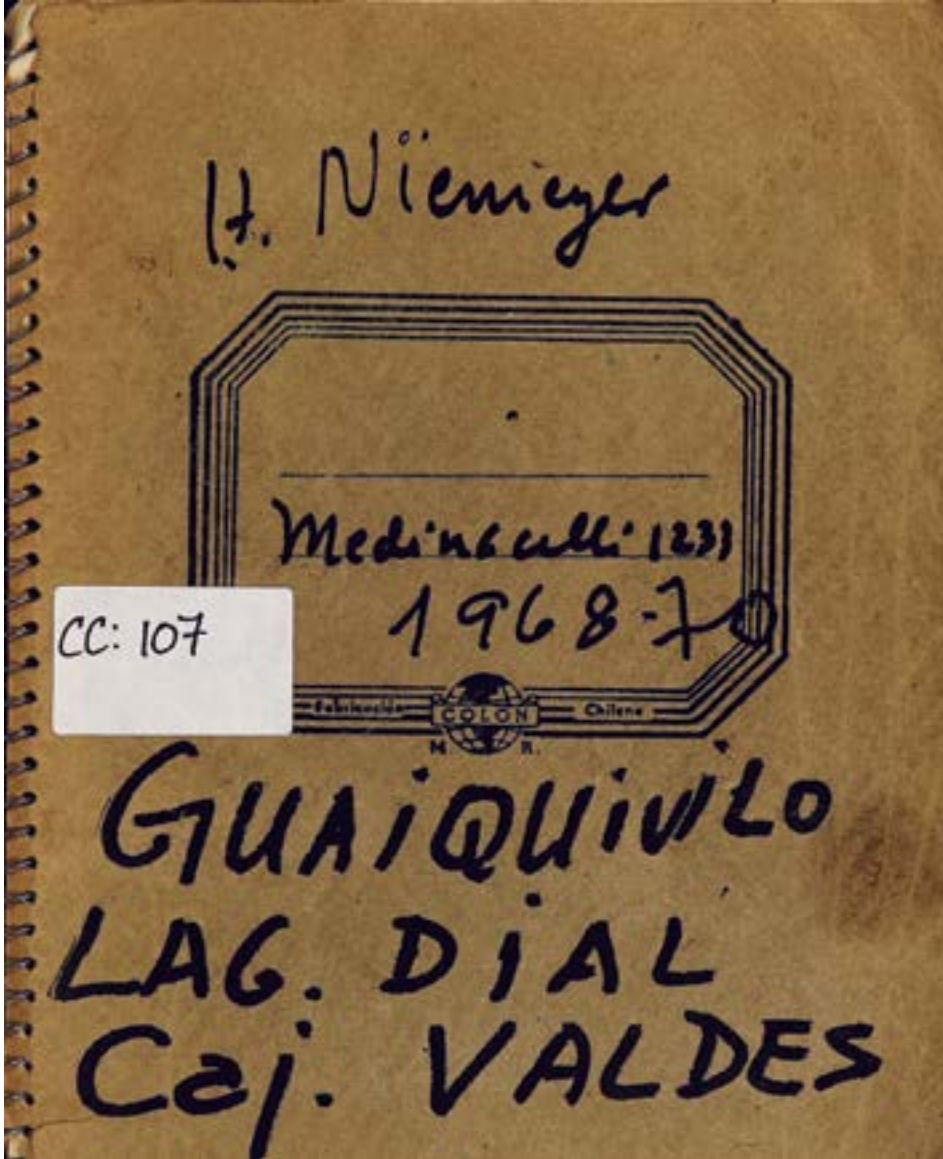
Referencias bibliográficas

- ALONSO, J. R. (2002). "La "teoría alucinógeno" y la creación de patrones simbólicos aborígenes". <http://rupestreweb.tripod.com/alucino.html>
- BLANCO, J., M. DE LA MAZA y A. PEÑALOZA. (2015). Memoria inscrita. Arte rupestre de contacto, integración y dominación en el centro-sur de Chile. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 20(2), 89-110.
- ECHEVERRÍA, J. F. (2021). Wayra Wasi: la casa del viento. Memorias y significados de una cueva al extremo sur del dominio Inca (Chada-Culitrín, Región Metropolitana, Chile). *Revista Antropologías del Sur* 8(15), 59-83.
- FALCHI, M.P. y M.C. PODESTÁ. (2015). "Aquí estuvimos, por acá pasamos". Grabados de pisadas y huellas humanas en los desiertos sur andinos. XIX International Rock Art Conference IFRAO. *ARKEOS* 37, 289-312.
- GONZALEZ, PAOLA. (2001). El arte visual diaguita pre incaico y su vinculación con tradiciones chamánicas sudamericanas. Actas XIII Congreso Arqueología Argentina, Córdoba, Tomo I: 223-233.
- Madrid, J. (1977). *Ocupación indígena en el Valle Superior del río Maipo* [Tesis de Licenciatura en Arqueología y Prehistoria. Departamento de Antropología. Universidad de Chile].
- MUÑOZ, R. (1921). *Historia de Chillán: Sus fundaciones y destrucciones (1580-1835)*. Imprenta San José, Santiago.
- NIEMEYER, H. y L. WEISNER (1972-1973). Los petroglifos de la cordillera andina de Linares. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Santiago. *Boletín de Prehistoria*, (Número especial), 405-470.
- OLIVA, F. y M. C. PANIZZA. (2015). El registro de "pisadas" en el arte rupestre de Ventania. Región Pampeana, República Argentina) en el contexto del sur del Área Ecotonal Húmedo Seca Pampeana. XIX International rock art conference, IFRAO. *Arkeos* 37, 2165-2181.
- REICHEL-DOLMATOFF, G. (1985). *Aspectos chamanísticos y neurofisiológicos del arte indígena. Estudios de arte rupestre* (pp. 291-307). Museo Chileno de Arte Precolombino.
- SÁNCHEZ, D. (2006). El símbolo de Venus en el arte rupestre de Perú, Chile y norte de Argentina. *II Simposio Nacional de Arte Rupestre*. Octubre 2006, Trujillo, Perú. <http://rupestreweb.info/venus2.htm>

A detailed topographic map of a mountainous region, likely in the Andes, showing contour lines, rivers, and a grid. The map is in black and white. The title and subtitle are centered on a dark horizontal band across the middle of the page.

Acerca de las Notas de Campo/Bitácoras

Libro bitácora de Hans Niemeyer



H. Niemeyer

Medinacelli (23)

1968-70

GUAIQUEVILO

LAG: DIAL

Caj. VALDES

Viaje al valle de Guaiquivilo -3 al 8 de Enero de 1968

Lotte Weisner, Hans (Jr) y Walter y H.N.F

3/Enero/68 Partida de Santiago 8½. Llegada

a Linares con un calor inmenso alrededor 2 PM.

Salimos de Linares a las 3 para llegar al Camp(amen)to de Hornillas a las 5½. El trayecto entre

el embalse nuevo (sic) y Hornillas es bastante malo; piedras

cuestas, puentes malos, angosto (de unos 20 km).

En Hornillos, cuyo camp(amen)to cuida don Pedro Canales

esperamos los caballos y dejamos el Land rover guardado.

A las 7½ PM nos pusimos en marcha para atra-

vesar el cordón del Melado y llegar al valle del

Melado. A las 10 más o menos estábamos instalán-

donos regiamente en el campamento Medina donde nos

recibió el Sr. Ernesto Barrera: comida, camas, etc.

El viaje se hizo con 4 caballos y dos mulas más el

Arriero montado Raúl Valdés.

Viaje al valle de Guaiquivilo - 3 al 8 de Enero de 1968 3
Lotte Weisner, Hans (Jr), Walter y H.N.F.
3/Enero/68 Partida de Santiago 8½. Llegada
a Linares con un calor inmenso alrededor 2 PM.
Salimos de Linares a las 3 para llegar al
camp(amen)to de Hornillas a las 5½ PM. El trayecto entre
el embalse nuevo y Hornillas es bastante malo; piedras
cuestas, puentes malos, angosto (de unos 20 km)
En Hornillas, cuyo camp(amen)to cuida don Pedro Canales
esperamos los caballos y dejamos el Land rover guardado
A las 7½ PM nos pusimos en marcha para atra-
vesar el cordón del Melado y llegar al valle del
Melado. A las 10 más o menos estábamos instalán-
donos regiamente en el campamento Medina donde nos
recibió el Sr. Ernesto Barrera: comida, camas, etc.
El viaje se hizo con 4 caballos y dos mulas más el
arriero montado Raúl Valdés.

6
Angostura en roca (pizarra) del río. Aquí se remontó
una cuesta para llegar al extenso fundo Carrizales
donde pudimos observar una hermosa medialuna limitada
por álamos. Desde aquí se podía ver a nuestras espaldas
nuestro ~~campano~~ nevado de San Pedro. Remontamos
el valle de Guaiquivilo por su lado derecho una par de horas
más hasta cruzar el río en un ancho vado que nos condujo
al Fundo Los Cipreses, nuestra meta de la jornada.
Después de hablar con el administrador don Juan Miguel
Espinoza, instalados a las 8 PM., instalamos el campa-
mento vicino a las casas y cerca de un arroyo.

Angostura en roca (pizarra) del río. Aquí se remonta una cuesta para llegar al extenso fundo Carrizales donde pudimos observar una hermosa medialuna limitada por álamos. Desde aquí se podía ver a nuestras espaldas el nevado de San Pedro.- Remontamos el valle de Guaiquivilo por su lado derecho en par de horas más hasta cruzar el río en un ancho vado que nos condujo al Fundo Los Cipreses, nuestra meta de la jornada. Después de hablar con el administrador don Juan Miguel Espinoza, a las 8 PM, instalamos el campamento vicino a las casas y cerca de un arroyo.

Viernes 5/1/68

Salimos de la casa de don Juan Miguel Espinoza a las

8 AM. Remontando el valle de Guaiquivilo por el fundo los

Cipreses, luego remonta (NW-SE) el cajón de

Calabozos de dirección (NW-SE) por cuyo talweg corre

unos 3 o 2 m/seg. La vegetación arbórea ha sido reemplazada

por hierbas y pequeños arbustos.

Alrededor de las 10 pasamos por el lugar de

los petroglifos sin darnos cuenta que eran los que buscábamos.

Perdimos más de 1 hora internándonos por el cajón hasta

alcanzar las primeras nieves. Tuvimos que devolvemos gracias

a que nos gritó don Juan.

Los petroglifos están distribuidos en forma dispersa sobre

las caras planas más o menos horizontales de un gran aflora-

miento de la roca granítica (i), donde el río hace su último salto

(el primero cuando se remonta el río)

La mayor abundancia corresponde a las rocas del

lado derecho. El estilo es estrictamente geométrico y pisadas

humanas. También hay rastros de avestruz. El estilo de paralelas

y un gran número de símbolos que se repiten. Es necesario hacer una

buen codificación y volver para la estadística.

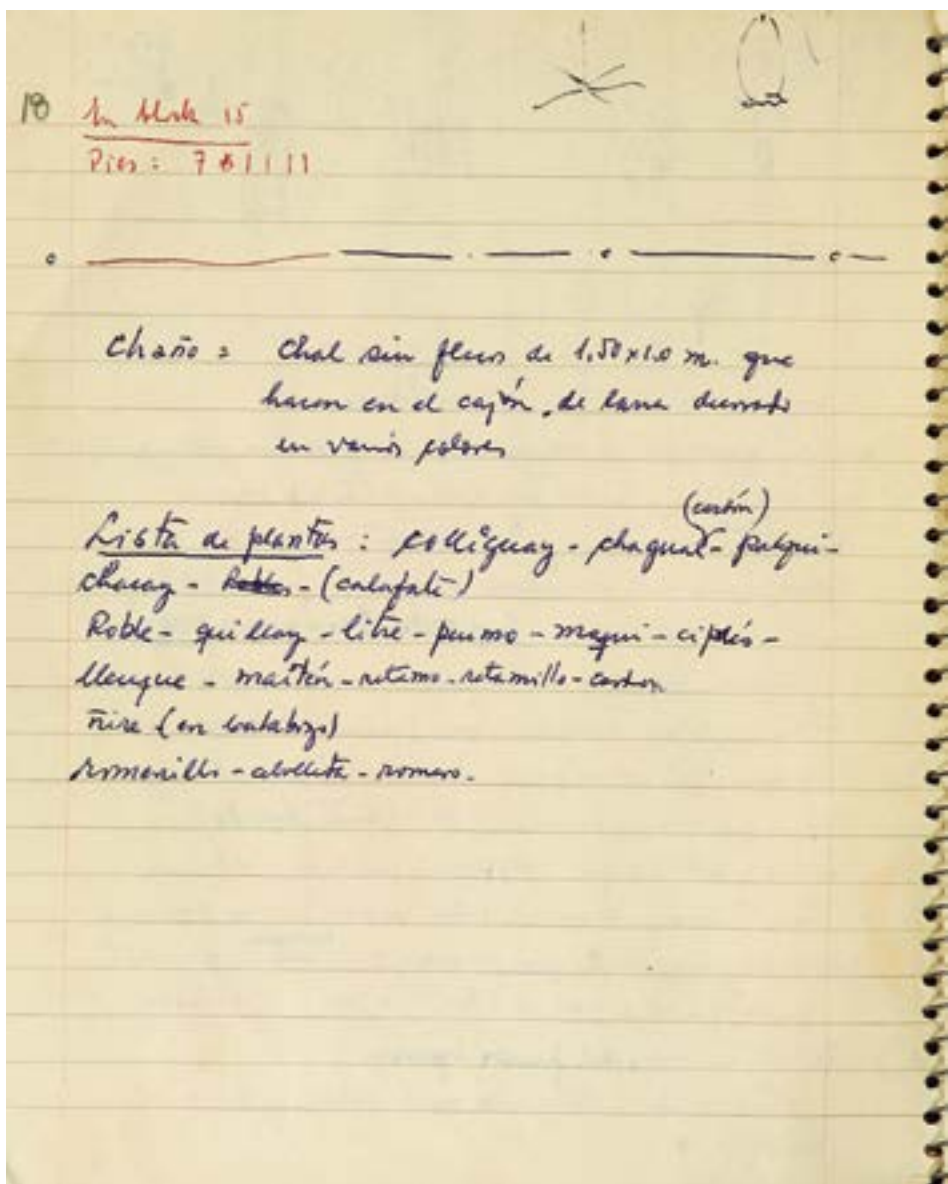
Viernes 5/1/68 7

Salimos de la casa de don Juan Miguel Espinoza a las 8 AM. Remontando el valle de Guaiquivilo por el fundo los Cipreses, luego se remonta (NW-SE) el cajón de Calabozos de dirección (NW-SE), por cuyo talweg corre unos 3 o 2 m/seg. La vegetación arbórea ha sido reemplazada por hierbas y pequeños arbustos.

Alrededor de las 10 pasamos por el lugar de los petroglifos sin darnos cuenta que eran los que buscábamos. Perdimos más de 1 hora internándonos por el cajón hasta alcanzar las primeras nieves. Tuvimos que devolvemos gracias a que nos gritó don Juan.

Los petroglifos están distribuidos en forma dispersa sobre las caras planas más o menos horizontales de un gran afloramiento de la roca granítica (i), donde el río hace su último salto (el primero cuando se remonta el río)

La mayor abundancia corresponde a las rocas del lado derecho. El estilo es estrictamente geométrico y pisadas humanas. También hay rastros de avestruz. El estilo de paralelas y un gran número de símbolos que se repiten. Es necesario hacer una buena codificación y volver para la estadística.



En block 15

Pies: 7 1111

Chaño = Chal sin flecos de 1,50 x 1,0 m. que hacen en el cajón de lana decorado en varios colores.

Lista de plantas: colliguay- chagual (cardón)- Palqui- Chacay- (calafate) Roble-quillay-litre-peumo-maqui-ciprés- Lleuque- maitén, retamo -retamillo- cardon Ñire (en Calabozo) Romerillo-cebolleta-romero.

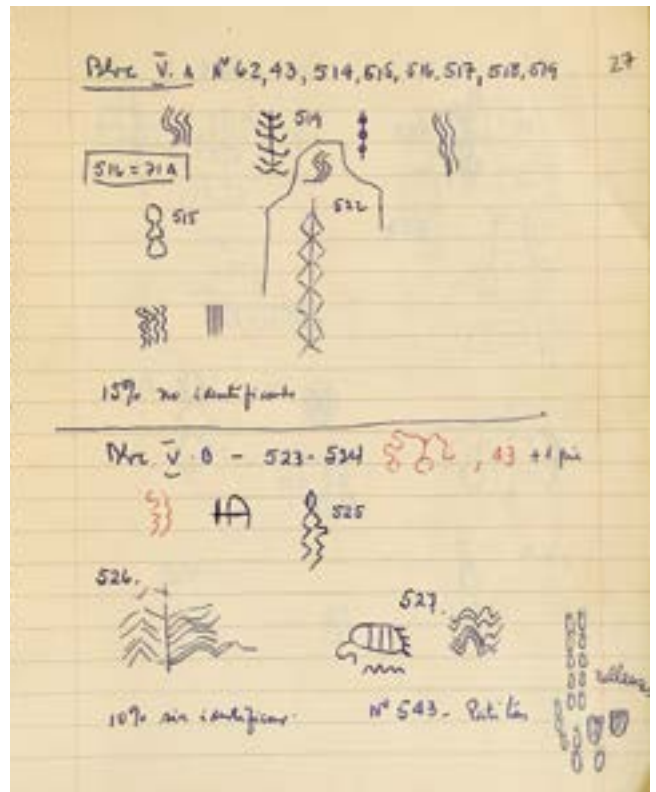
El yacimiento fue tratado en los días viernes y sábado (5 y 6 de Enero). El regreso a la casa de don Juan Miguel se hace en 1 3/4 hr.

Domingo 7. Nos levantamos alrededor de las 5.45, desayunamos y levantamos el campamento. A las 8.15 nos pusimos en movimiento de regreso para llegar al campamento Medina a las 5:30 PM, con dos descansos en el camino uno breve y otro más largo frente a la bocanoma, la que queda a 18,5 km del camp(amen)to Medina. El viaje fue más agradable que el de ida, por estar más fresco el ambiente.

W

El yacimiento fue tratado en los días viernes y sábado (5 y 6 de Enero). - El regreso a la casa de don Juan Miguel se hace en 1 3/4 hr. 19

Domingo 7. Nos levantamos alrededor de las 5.45, desayunamos y levantamos el campamento. A las 8.15 nos pusimos en movimiento de regreso para llegar al campamento Medina a las 5:30 PM, con dos descansos en el camino uno breve y otro más largo frente a la bocanoma, la que queda a 18,5 km del camp(amen)to Medina. El viaje fue más agradable que el de ida, por estar más fresco el ambiente.





34 598 *Blanc XII - Can à major vol*

599

602

604 "Lagashya"

Blanc XII B.

606.

605 (foto) - 607 (foto) 608 (foto)
132, 128, 128A; 131, 126, 124
40% 2/3 identificat

XIV D

1. pata →

2. pateschina

1. marea de palma lina

20% 1/2 identificat

36 Loc XIV 621, 160, 159, 622, 624, 623 ¹⁶⁷

624 = 167

8 par 2 par 12 par
1 spiral

ingradi de unu + doi paralele = zigzag 2.

626

relaxat

± 32 par

41

Pais 15+3+12+8

Paralele rotundate 2 comp. + (1/2) x 1

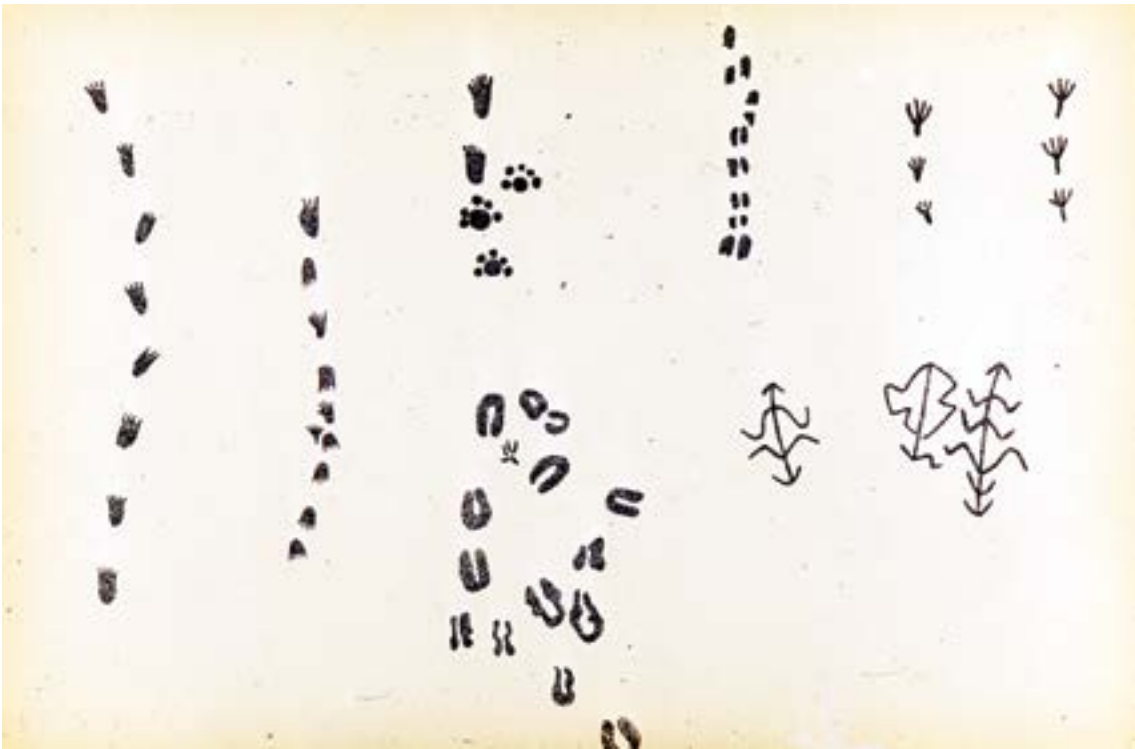
646

(Ver 176)

42 645 [Ver transparent] = 178

647

30% multi no identificat



Negativos Guaiquivilo, H. Niemeyer, 1969. Museo Nacional de Historia Natural de Chile.



La Mano Apócrifa

Una vez revisado el libro de la Bitácora de Viaje junto a las fotografías y diapositivas tomadas, Hans Niemeyer traspasó gran parte del material gráfico al ilustrador José Roig, para que "dibujara" –de mejor manera– dichas impresiones visuales capturadas en terreno, durante el verano de 1969 en el sitio del Cajón de Calabozos.

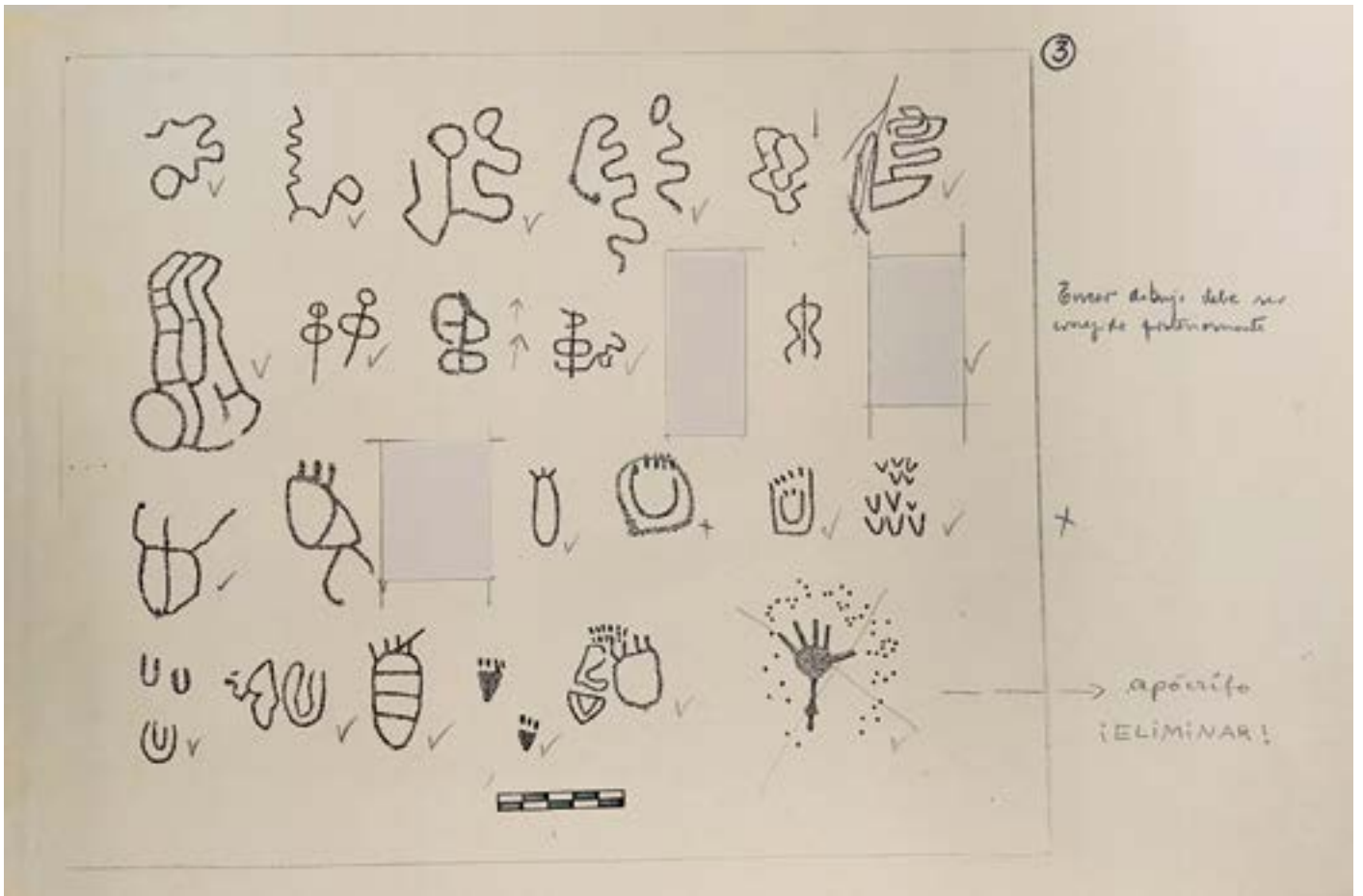
Lo anterior permitiría realizar un análisis comparativo visual, triangulando los distintos dibujos de los diseños de los petroglifos, las diapositivas y fotografías y esquemas que se habían registrado durante la "salida de campo" al sitio arqueológico antes mencionado.

Una vez en Gabinete, Hans Niemeyer interpreta y clasifica dichos petroglifos a partir de los registros, ilustraciones y las entrevistas generadas con los arrieros, con lo que desarrolló algunos comentarios concluyentes de estas expresiones de Arte Rupestre.

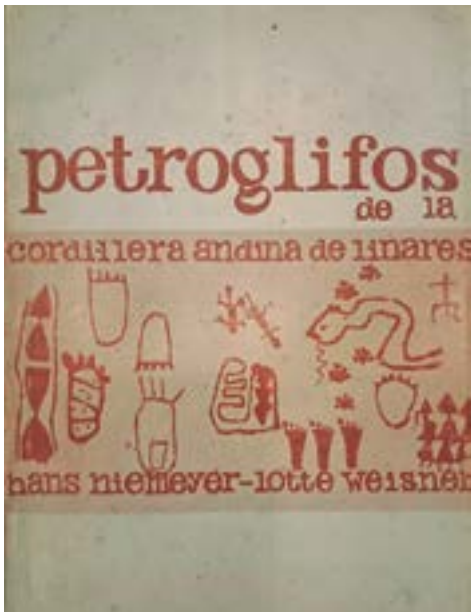
Y el comentario que más llama la atención, es el referido a una mano grabada en la piedra, ubicada en el sector 4 hacia el costado sur poniente del estero Los Calabozos, considerada "apócrifa" por parte del arqueólogo. Para Niemeyer, esta impronta de "mano" es muy distinta y diferente a las demás localizadas en la zona, a lo que se suman su perfección estética y manufactura consolidada, por lo que la hace denominar como "falsa". Este petroglifo es un grabado de relleno que viene a representar *"una mano derecha de un infante orientada hacia el cielo estrellado"* en dirección hacia el oriente (como que quisiera señalar algo hacia el firmamento celestial). Esta interpretación rupestre es demasiado "contemporánea", según el Arqueólogo, y por eso la evalúa como la única inscripción "apócrifa" de las restantes 943 inscripciones petroglíficas que él bien registró, documentó y clasificó con rigor científico.

Finalmente, en ninguna publicación oficial –como la "separata" editada por la Universidad de Chile, escrito integrante de las *Actas VI Congreso de Arqueología Chilena*, realizadas en Santiago de Chile durante octubre de 1971, que cuenta con el diseño de Eduardo Tellez; o en el libro de las *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, realizadas en altos de Vilches, durante octubre de 1977–, en que participó el arqueólogo Hans Niemeyer, utilizó dicha "mano apócrifa" como ejemplo representativo del Arte Rupestre del Maule: una falsificación histórica más.

Alejandro Morales Yamal



Imágenes Cuaderno de Campo CC107. Museo Nacional de Historia Natural de Chile.







Diapositivas Guaiquivilo, comuna San Clemente, H. Niemeyer, 1960 - 1970s.
Museo Nacional de Historia Natural de Chile.



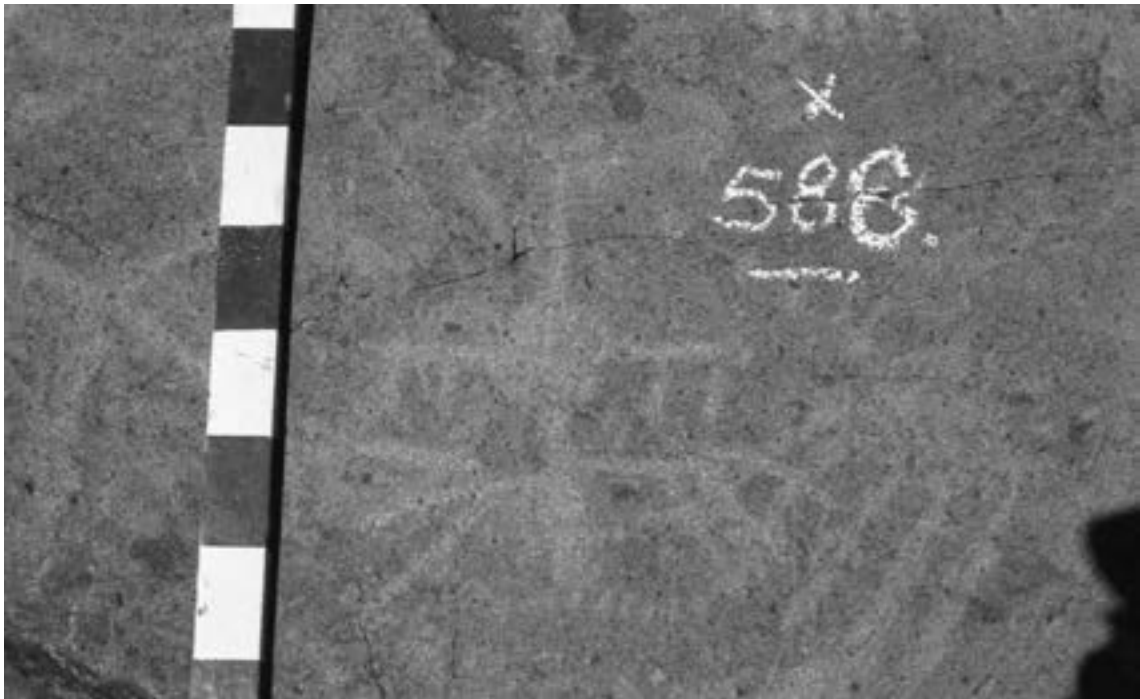
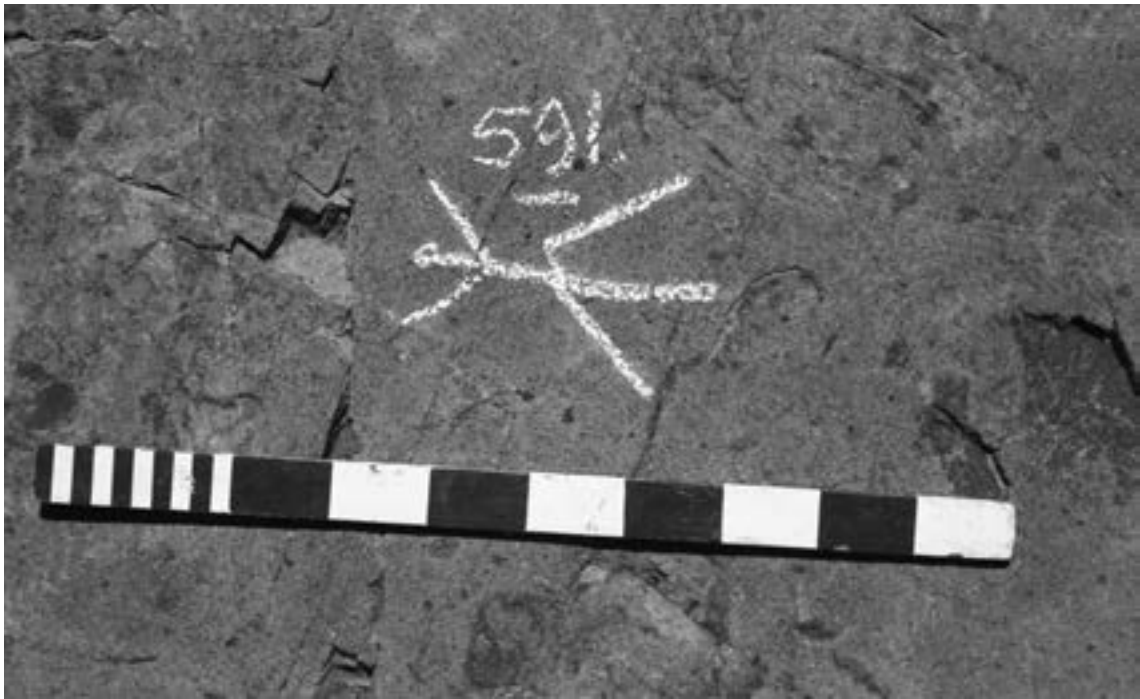


Diapositivas Guaiquivilo, comuna San Clemente, H. Niemeyer, 1960 - 1970s.
Museo Nacional de Historia Natural de Chile.



Negativos Guaiquivilo, H. Niemeyer, 1969. Museo Nacional de Historia Natural de Chile.





Negativos Guaiquivilo, H. Niemeyer, 1969. Museo Nacional de Historia Natural de Chile.





Negativos Guaiquivilo, H. Niemeyer, 1969. Museo Nacional de Historia Natural de Chile.





2022. Entrevista con Raúl Valdés, Arriero que acompañó a Hans Niemeyer en sus expediciones de diciembre de 1969 para registrar los PETROGLIFOS de la Cordillera de Linares.

Diciembre de 1969 -

47

Linajes a Hornillos: 52 km
7/XII/69. Campito. El TORO. Después de alojarse en
Hornillos, Lotte Wiesner y yo, ante nos partieron
sendas frías, hoy domingo nos fuimos en mar-
cha hacia el Campito El Toro. Desgraciadamente la
partida de Hornillos fue muy tarde por que a Raúl
Valdés, nuestro anfitrión, se le adelantaron en la
noche los caballos y tuvo que salir a buscarlos muy
lejos. A las 11 estábamos subiendo la cuesta a
Hornillos y a las 12:15 llegáramos al campito.
Medina Allí esperamos a Raúl Valdés, don
Abel nos invitó un par de huevos y descan-
samos un rato. Cerca de las 4 P.M. nos fuim-
os en camino hasta llegar a la bofetona
del Canal Melado. Aquí conversamos con
un campesino (don Alejo Espinoza Espinoza)
quien conoce los petroglifos del Cajón de Valdés
y la Laguna del Dicho. Nos dijo que los petroglif-
os estaban todavía cubiertos por la nieve y
que llegar hasta allí suponía un verdadero viaje
arriesgado que estaba creyendo y el canal

... Allí esperamos a Raúl Valdés; don
Abel nos invitó un par de huevos y
descansamos un rato...





**III PARTE:
APROXIMACIONES INTERPRETATIVAS AL
ARTE RUPESTRE DE LA CUENCA DE CALABOZOS**

Caracterización e interpretación del Arte Rupestre de la cuenca de Calabozos

Alejandro Morales

La Cultura Visual en la Prehistoria

Pensamiento y lenguaje han caminado juntos a lo largo del sendero de la evolución humana. La historia de la evolución del hombre –como ser inteligente- ha ido acompañada del desarrollo del lenguaje y de su capacidad en la creación y del uso de símbolos.

Al hombre, le ha conducido a interrogarse sobre todo lo que le rodea, a intentar conocer y explicar el porqué de sí mismo y de su destino y a expresarlo mediante el uso de dibujos y representaciones estilísticas, como símbolos y/o signos. Las ideas religiosas que elaborará son parte de esta necesidad de comprensión del entorno.

La aparición del Arte constituye el primer registro de las primigenias ideas del ser humano. El arte rupestre, es un conjunto de símbolos que a través de los cuáles se transmite toda una “visión del mundo”. El lenguaje artístico es un medio de comunicación con códigos establecidos y comprendidos por todos.

Las primeras creencias del hombre en la Prehistoria, es accediendo a los “niveles de significado” del símbolo, en donde se puede acercar a la reconstrucción aproximada de lo que fueron las primeras concepciones míticas del mundo, es un sistema explicativo de la realidad... *“es la traslación de conceptos a imágenes por medio de símbolos sagrados”...*

Las expresiones artísticas prehistóricas son un fenómeno que, junto con otros tipos de registro arqueológico, implica un doble proceso de apropiación y trans-

formación del entorno, en el cual un grupo humano incorpora un elemento del paisaje natural al paisaje cultural, en este caso el sustrato rocoso es modificado mediante la ejecución de signos en su superficie, y esta elección de los soportes tiene una connotación cultural, que les otorga significación social a dichos lugares.

El espacio se convierte un lugar para la acción humana y la inscripción de significados, y los signos en un medio para comunicar y orientar a los seres humanos en este ambiente “artificializado”, cuya distribución obedece a una lógica o racionalidad correspondiente al sistema cultural que lo produjo.

El Surgimiento Del Arte Rupestre

El “arte rupestre” son todas las manifestaciones gráficas que el hombre ha dejado impresas, usando diferentes técnicas, en las laderas de los cerros, en piedras sueltas, a ras de tierra y en paredes de cuevas y abrigos rocosos. Su origen –en el mundo- se remonta a casi 30.000 años, con los inicios del Paleolítico superior en Europa.

El arte rupestre surge de la necesidad para dar expresión duradera a ciertos sucesos o situaciones que conviven con estas poblaciones aborígenes: conmemoraciones de eventos especiales como cazas exitosas, luchas con adversarios; para indicar caminos, fuentes de aguas y alimentos; o el deseo de narrar hechos co-

tidianos. La forma en la cual se perpetúan estas expresiones –grabados en piedra o pintados sobre la roca– están relacionados a la cultura del individuo que las ejecuta y de la comunidad para la cual están destinadas; conformando un “*contexto histórico*” significativo.

El arte rupestre se inició con grupos de cazadores y recolectores y continuó después con los pueblos agroalfareros. Su estilo abarcó toda la gama de posibilidades desde el “*naturalismo hasta la abstracción*”, combinándose desde los principios ambos extremos en el mismo cuadro.

Todo vestigio de arte rupestre se distingue por 3 factores: la técnica, la temática y la configuración del estilo. La técnica tiene también 3 variedades: los geoglifos, los petroglifos y los pictogramas. Las temáticas están divididas en representaciones naturalistas y abstractas en términos generales. Sin embargo, el atributo de mayor importancia es el “estilo”; ya que permite –a través de las analogías– dar unidad a las representaciones rupestres. Por lo tanto, mientras que la tecnología es el vehículo de expresión del arte y la temática lo que éste expresa, la configuración del “estilo” es el patrón o la forma como la técnica y los motivos se combinan, como se componen y se asocian entre sí.

Los petroglifos, técnicamente, han sido caracterizados como arte rupestre, (del latín *rupes* = roca). Dentro de esta categoría, los especialistas lo definen como marcas o figuras trazadas por seres humanos sobre soporres rocosos.

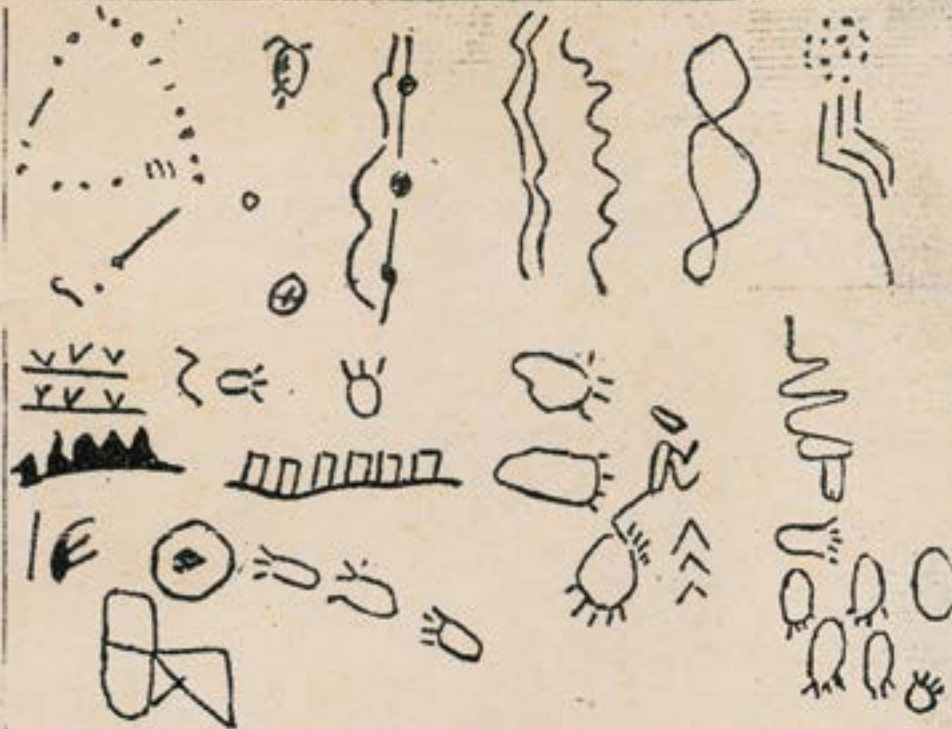
Los Hallazgos en El Maule

Muchas exploraciones durante el siglo XX, permitieron recorrer y “descubrir” varios sitios arqueológicos con enigmáticas huellas de presencia humana, que no se conocían hasta la fecha y que no tenían ninguna respuesta científica acerca de su origen, significado y alcance temporal.

Sin embargo, llamaron profundamente la atención de la comunidad local, la cual fue difundida por los medios de comunicación social de la época: como la radio y la prensa. Lo anterior permitió la visita de algunos especialistas que estudiaron –acuciosamente– dichos vestigios prehistóricos y que aventuraron su diagnóstico e interpretación de la desconocida cordillera de la Región del Maule.

En todo el territorio que había sido ocupado por indígenas, ellos han dejado testimonio gráfico de su vida y cultura en forma de pictografías rupestres. Se encuentran sobre paredes rocosas, bloques de piedra, en el interior de las cuevas y cubriendo laderas enteras de cerros o extensiones planas en los desiertos.

El tamaño de los signos individuales varía desde pocos centímetros a varios metros, existentes aislados y en grupos. Los motivos son geométricos –círculos, triángulos, líneas paralelas y quebradas– o naturalistas, representando hombres, animales y plantas.



La fotografía muestra algunos signos de los cinco mil o más existentes en la zona ya explorada de "Huanquivilo" y "Calabozos".

SE AGENTUA LA EXISTENCIA DE CIUDADES MILENARIAS EN LA ZONA DE "HUANQUIVILO" Y DE LOS "CALABOZOS"

LINARES, 14.— De gran actualidad, se están realizando en Linares, una que también a través de todo el país, las expediciones que se están efectuando a la zona arqueológica de los Yngos de Huanquivilo y los Calabozos del Calabozo, abriendo paso a nuevas e interesantes de esta ciudad. Como ya se ha informado la primera

expedición llegó a la zona de la zona del señor Yngos, donde se han encontrado en la zona ya explorada, descubriendo en ella una gran cantidad de objetos pertenecientes a la zona arqueológica. Se sabe desde hace ya años la existencia de las inscripciones indígenas que ahora han sido descubiertas por la expedición de

la zona de ciudades por explorar, según lo ha expresado el geólogo de la Universidad de Chile, señor Jorge Müller, quien acompañó a la expedición que estuvo el señor Mestre y se encargó el Intendente de la Provincia señor Raúl Mestre Duchesne, como representante a una zona "civilización que puede calificarse que una de las más antiguas y dotadas de una cultura desarrollada, a juzgar por los miles de signos que dejaron en forma de escritura sobre cerámica, según los geólogos "andinos".

En la actualidad están realizando estas expediciones con la finalidad de obtener nuevas inscripciones en piedra, bronce, oro y plata en kilómetros más de terreno, lo que hará suponer que existen inscripciones que serán halladas por estas expediciones que así se irán grabando en cultura.

CON EL SEÑOR MESTRE

Hemos tenido oportunidad de entrevistar al señor Mestre por ser sumamente interesante, como lo hemos apuntado, de esta zona que está siendo objeto de investigaciones científicas tanto en la zona de Linares, como en la que ahora apertura al público. El señor Mestre nos comentó que es un hombre de 40 años, casado con 3 hijos, sencilla, que toda su vida se ha dedicado a estos trabajos de la cultura y arqueología, viviendo más en (PASA A LA PAGINA 2)



Atardecer de Linares. Su fotografía ha sido reproducida por revistas y en postales, como en litografías de linarenses que adornan sus casas en el extranjero.





Fotos: Enrique Maturana.

A su vez, uno de sus acompañantes de dicha expedición realizó indiscutibles e inéditos registros fotográficos de la zona arqueológica. Así el señor Enrique Maturana –fotógrafo insigne de la ciudad de Linares– difundió en la prensa local y nacional dicho reconocimiento local.



Petroglifos: piedras marcadas en Huaiquivilo, sin haber sido descifrados sus mensajes pertenecientes a una civilización desaparecida, que existió hace más de 1000 años. El Intendente Kurt Moller Bocherens los descubrió e hizo la expedición hasta el lugar con una delegación de la Escuela de Artillería, del geólogo Muller de la Universidad de Concepción y el fotógrafo Maturana. Tuvo una amplia divulgación periodística y científica, con el testimonio fotográfico.

Según la técnica empleada en su realización se distinguen petroglifos, pictografías rupestres grabadas o incisas en superficies rocosas, sea acantilados o bloques sueltos.

Las pictografías rupestres datan de todos los periodos de la prehistoria chilena y se encuentran en todo el territorio, sin que, por lo general se les pueda asignar, una determinada edad indirectamente.

La mayoría de las imágenes representadas han sido grabadas –quizás– en periodos distintos, unas al lado de otras o con líneas superpuestas y por eso es difíciles de separar y reconocer. Estas imágenes –a lo mejor– tenían un sentido profundo –que hoy se nos escapa– y que tenía sus raíces en un mundo mítico.

El estudio y la interpretación de las pictografías rupestres –en general– todavía –en su totalidad– es aún un trabajo inconcluso.

La Región del Maule es un territorio muy rico y diverso en arte rupestre, en donde coexisten –hoy en día– más de una veintena de sitios identificados como tales, en donde cada uno de ellos devela vestigios arqueológicos de incalculable valor patrimonial para la zona del Maule –en su división norte y sur del territorio– y que requieren ser investigados, documentados y difundidos a nivel nacional e internacional.

Algunos problemas formales de interpretación

Permanentemente los investigadores del arte rupestre, se enfrentan a una compleja situación, –tan difícil de comprender– como fue la “realidad percibida por

los pueblos prehistóricos” que los generaron, complejidad que es el resultado de la gran cantidad de variables “de su mundo” que les envolvía y que necesariamente tuvieron que conocer representándolo y abstrayéndolo, capacidad sublime desarrollada con alta y fina sensibilidad que ahora puede ser reconstruida, aprehendida e interpretada.

En términos simples, esto significa dos cosas, primero: que estos seres humanos pretéritos representaron (pintaron y/o grabaron) en las superficies rocosas lo que la realidad emotivamente les causó, estimuló o provocó (haya sido el hambre, la sed, la enfermedad, la muerte o el miedo a la misma), así como también la ingestión de psicotrópicos, en combinación con los elementos y fenómenos naturales que observaron: la oscuridad, el sol, la luna, las estrellas, los eclipses, el agua, la lluvia, el frío, el viento, los terremotos, los animales, –emoción producto de todos estos factores y hechos de la naturaleza–, y también la relación con los seres humanos, la guerra, el sexo, la reproducción biológica y fertilidad, la tierra, las plantas, las montañas, la noche, el día, etc. Y en segundo lugar: lo que nos produce ahora a los que observamos y estudiamos el arte rupestre, como pueden ser las dudas, incertidumbre, choque visual, admiración, aparente indiferencia, descripción, asociación, identificación, afinidad, análisis, interpretación, explicación, confirmación, comprobación, protección, conservación, etc.

En resumidas cuentas es incuestionable la transformación estética de la realidad –aunque no siempre y necesariamente de manera artística–, porque el Arte, es nada más una particularidad que históricamente está determinada y desprendida de la generalidad del fenómeno estético que es mucho más amplio.

Los petroglifos como sistema de representación visual

El arte rupestre del Maule, y específicamente los petroglifos de la cordillera andina de la cultura “*Guaiquivilu*” vienen a expresar a menudo algunas formas estilizadas de carácter naturalista y espiritualista: generando diseños antropomorfos, zoomorfos, fitomorfos y también astromorfos: como lo son la manifestación ideográfica y estética del sol, las estrellas, la luna, los cometas y los planetas para los dibujos lineales rectos, curvos y combinados: cuadrados, rectángulos, triángulos, rombos, trapecios, zig-zags, cruces, puntos, círculos, círculos concéntricos, curvas, espirales, etc. que se presentan en más de 20 sitios por la cuenca del río Guaiquivilo, Melado y el Maule.

El Arte Parietal incluye un apartado de “signos”. Los “Signos” se repiten constantemente y son de formas muy variadas: puntos, bastoncillos, de formas cuadrangulares o rectangulares, con divisiones internas, líneas, cruces, etc. Cierta tipo de “signos” se conocen con el nombre genérico de tectiformes y sus interpretaciones han sido muy diversas (empalizadas o cercos, trampas, simples señales, etc.). Algunos de estos signos, han servido de indicadores cronológicos para fijar las fases culturales en las que aparecen.

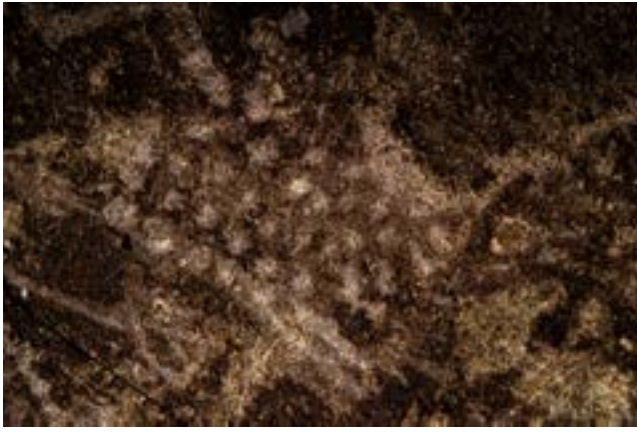
Se tendía a definir los “signos” con objetos concretos, de ahí los primeros nombres con los que fueron denominados: escutiformes, tectiformes, aviformes. Leroi-Gourhan, propone que los signos derivan de la progresiva estilización y abstracción de vulvares y fálicos: de ahí que propusiera una división de signos de carácter femenino y masculino. Muchas interpretaciones es la presencia de improntas de manos.

Interpreta los signos denominados tectiformes como trampas para atrapar los malos espíritus o residencia de los espíritus de los antepasados.

Las improntas de manos que aparecen, entiende que podría indicar el deseo de apropiación animal.

Los antropomorfos masculinos que portan máscaras serían brujos disfrazados....los brujos o magos del clan admitían a los iniciados y a los que iban a iniciarse, pintaban o grababan las figuras de los animales y luego danzaban ante ellas y las herían simbólicamente....

Los signos en forma de pluma, eran considerados como “flecha”. (Los símbolos de la prehistoria, R. Lacalle)



Así la comunicación de estos pueblos ancestrales era “visual”; que venían a generar un lenguaje polisémico, estético y multidimensional que se caracteriza por ser figuras de representación de un sistema estandarizado de expresiones visuales; dispuestas bajo ciertas convenciones -y no como producto del azar-; siendo figuras seleccionadas con una distribución que responden a una lógica general, establecido en un contexto geográfico de “espacio vital”.

“...para ellos, el movimiento de la vida es dinámico y es permanente, los elementos de la naturaleza se muestran en constante cambio (el agua, el viento, el fuego, la tierra es explosivo)...”

“...ellos permanentemente observan y aprecian lo bello del movimiento... que es generador de la vida... y lo representan en la roca...”

“...en el caos está el orden, la representación del arte rupestre...congeló el tiempo y el espacio de la naturaleza...”

“...el uso de la línea, del punto y de la circunferencia en repetición genera una comunicación geométrica orgánica y armónica...” (Fulvio Fernández)

Lo anterior desencadena en la interpretación de los signos y símbolos del arte rupestre del Maule, como forma de comunicación trascendental en los sitios arqueológicos con petroglifos que expresan una narrativa y discursividad ancestral y cosmogónica.

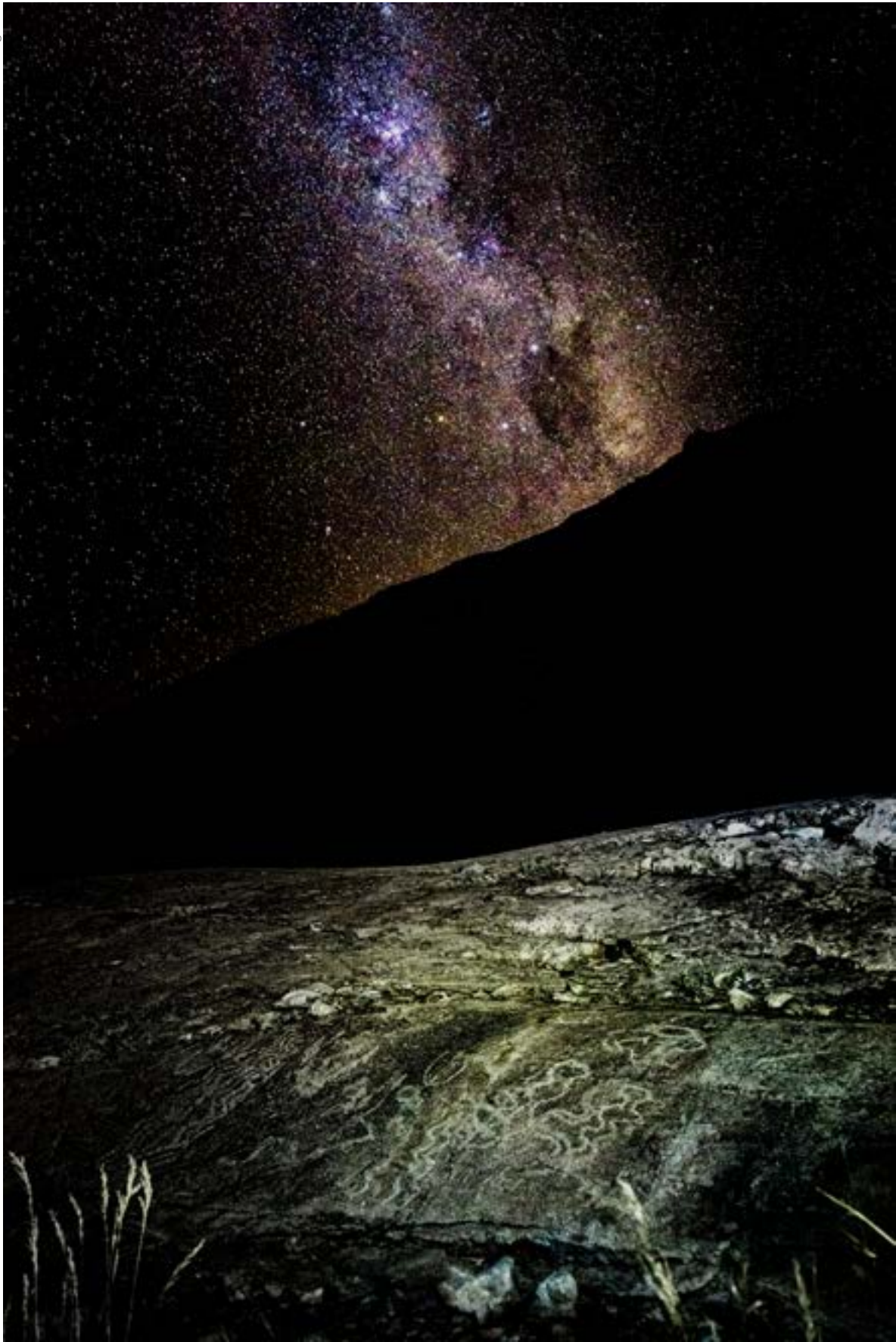
Así al desconocer los códigos y/o significantes de los símbolos de la mayoría de los elementos de la gráfica rupestre del Maule, se halla muy lejana la posibilidad de interpretarlos de manera exhaustiva, además, existen los consabidos problemas generales de asignación cultural y cronológica inherentes a esta forma cultural, salvo excepciones en donde la analogía etnográfica, el dato etnohistórico o la correlación Arqueoastronómica allanan los obstáculos de la interpretación precisa de ciertas formas específicas.

El cosmos siempre fue la inspiración de los pueblos ancestrales desde los inicios de la humanidad. Ellos estuvieron siempre en contacto con el universo circundante. La observación del desplazamiento de los cuerpos celestes por el firmamento les permitió predecir los ciclos de las estaciones, las mismas que llevaron al hombre a conocer los tiempos precisos para la organización y ejecución de sus actividades cotidianas, siendo muchas de ellas de subsistencia (abrigo y alimentación) local.

Los antiguos pobladores maulinos conocían y organizaban cósmicamente sus actividades, fundamento del desarrollo, evolución y bienestar que lograron, satisfaciendo sus necesidades físicas y espirituales. El conocimiento que tenían de la astronomía los guiaba en la creación de perfectos diseños cósmicos de los petroglifos en sus asentamientos estivales. La función cósmica de estos inigualables sitios arqueológicos de arte rupestre de la cordillera andina, viene a ratificar la adoración a divinidades estelares y galácticas: el sol, la luna, los planetas y las constelaciones.

Estos lugares sagrados, también fueron considerados como observatorios astronómicos, que su emplazamiento y ubicación geográfica -no fue espontáneo y azaroso- sino que refleja un diseño geométrico sideral y que fue establecido para propósitos cósmicos como santuarios y miradores locales. Así se reconoce en los petroglifos algunos eventos astronómicos que se registraron en la superficie rocosa de dichos paisajes culturales, transformándose en adoratorios, altares y miradores perfectos hacia los cuerpos celestes. Así se funde la cosmogonía, su cosmovisión y la cosmología de estos habitantes originarios del Maule. Por lo tanto vienen a ratificar las perfectas y orientaciones predilectas geoespaciales que tenían estos lugares, como testimonio arqueológico de conocimiento de estos maulinos cordilleranos de las leyes que definen los encuentros entre la tierra y el cielo.

“El primer sistema de creencias del hombre, el culto a los astros...”



El hombre primitivo ha atribuido a las fuerzas de la naturaleza un poder sobrenatural y las deificado y adorado. Ha observado la naturaleza con atención y ha tratado de descifrar su lenguaje e interpretar sus leyes, tratando de dominarla.

La luna y el sol han sido adorados por numerosas sociedades, han constituido la base del calendario y de pautas socioculturales adaptadas a sus ciclos.

Las sociedades cazadoras-recolectoras tienen cultos, mitos y dioses astrales....”

Quizás muchas de sus inscripciones de petroglifos representaban mapas astrales o calendarios solares y lunares de ubicación y fenómenos cíclicos de nivel interestelar.

“...La existencia de calendarios, implica el conocimiento de las pautas de comportamiento de los cuerpos celestes. Todo el calendario nace de la lectura de los movimientos del sol en el cielo que determinan el día y la noche, las estaciones, los solsticios y los equinoccios, o bien de la luna. Son frecuentes en el arte rupestre círculos de diversos tamaños...”

Ellos así construían una sabiduría superior de la galaxia que les rodeaba y condicionaba. Así determinaron los movimientos de algunos planetas, cometas y constelaciones de estrellas alrededor de nuestro espacio-mundo; y que fue plasmado en los “petroglifos estilo guaiquivilo”. Así reconocieron los solsticios y equinoccios, los eclipses y otros fenómenos ancestrales que son parte de la cosmogonía y del origen del Maule Profundo.

Indudablemente, en el Cajón de Calabozos, donde el arte rupestre de la cordillera de Linares alcanza su climax como “expresión artística”. Es aquí en donde los grabados se trató de conseguir la máxima perfección de los diseños, además de la mayor variedad de ellos. Así este sitio, ha permitido tipificar el más grande número de familias de signos.

“es en donde el grabador llega a la roca con un diseño pre-establecido, con un modelo que reproducirá en forma cuidadosa no improvisada”...

Estas poblaciones utilizaron como criterio de clasificación su morfología, es decir su “apariencia”, teniendo un carácter abstracto-simbólico con una riqueza de signos no igualada con otros sitios de Chile, según Hans Niemeyer.

Algunos grabados de Calabozos... como rastros de animales... y otros que podrían interpretarse como boleadoras... sería las únicas armas reproducidas...

Los signos fitomorfos... podrían representar algunas plantas silvestres y algunos frutales.

Llama la atención la avanzada elaboración de los diseños (para H.Niemeyer, el grabador de Calabozos no llega a improvisar...trae un esquema y un modelo preconcebido, un plan que reproduce al grabar...)



© Ph. Franco Castellani. Chileografos.

La figura humana aparece sumamente esquemática, y a veces de tal modo disfrazada y compleja que apenas se le reconoce.

Ciertas improntas de pies, son reproducidas con bastante fidelidad, presentándose como las naturalistas de las figuraciones, pero también hay un gran número que son esquemáticos, o se encuentran decoradas o son diseños aberrantes.

Finalmente, se trata de lugares destinados por la comunidad indígena al ejercicio de rituales propiciatorios que, de alguna manera, tendrían relación con los saltos de agua, por lo tanto hay un culto específico al agua, sugerido por la asociación de casi todos los sitios cursos de agua y por la presencia de signos interpretables como representaciones del agua, cuales son las paralelas ondulantes, ya que el agua es un elemento vital, en estas regiones cordilleranas, siendo muy abundante tanto en los ríos como en los arroyos.

**IV PARTE:
PROYECCIONES ACERCA DEL ESTUDIO DEL
ARTE RUPESTRE EN LA CUENCA DE CALABOZOS**

La puesta en valor

Alejandro Morales

Para establecer –en el mediano plazo– un verdadero circuito turístico histórico-cultural en la zona de alcance mundial y local, es que se hace necesario reflexionar sobre el alcance del hallazgo de los petroglifos en la Región del Maule.

Primero, se hace necesario verificar científicamente la data específica de dichos hallazgos y el contexto en el cual se localizaron. Lo segundo, se hace imprescindible interpretar histórica y antropológicamente la importancia de dichos descubrimientos arqueológicos, para la recuperación y comprensión de la memoria de los antiguos habitantes del Maule.

Lo anterior, se debe transformar en un ***“Proyecto Integral de Puesta en Valor Patrimonial de los Petroglifos del Maule”***, el cual debería contener las siguientes Etapas:

Una fase de Rescate: la cual debería contemplar la limpieza y restauración de algunos glifos dañados; su clasificación y documentación, un inventario patrimonial; investigación y análisis científico particular; y la publicación de los resultados (a través de diversos medios y soportes) de dicha etapa.

Y otra fase de Desarrollo y Promoción: la cual debería contemplar el diseño arquitectónico-constructivo de un “Museo de Sitio Local” y un “Sendero”, que incorpore la habilitación y construcción de un Centro de Interpretación Arqueológico-Histórico, la instalación de Señalética *ad hoc*, pasarelas de recorrido, techado de conservación de los sitios, una tienda de souvenirs, etc.; la gestión y administración del Museo de Sitio; y la promoción educativa, patrimonial y turística del lugar.

&&&&

Hay que recordar que estos petroglifos son Monumento Nacional, solamente por el imperio de la Ley 17.288 del CMN, clasificándolos como Monumento Arqueológico y que su destrucción, alteración y robo está penalizado por la Ley; pero no basta solamente con dicho reconocimiento oficial por parte del Estado para su preservación futura.

Quizás esta zona de petroglifos en el Maule, debería declararse Parque Nacional o Reserva Natural y debería ser administrado por la CONAF para asegurar –a las futuras generaciones- del cuidado y resguardo efectivo que se merecen.

Quizás hasta el momento, no se han destruido dichos vestigios de la impronta humana en dicha zona, debido a su aislacionismo geográfico, la poca conectividad existente en la precordillera regional y el desconocimiento de estos sitios; lo que ha permitido –en parte- salvaguardar y mantener “intacto” dichos vestigios antropológicos del pasado.

Debería el Gobierno Regional del Maule, junto a la Universidad de Talca y Organismos No Gubernamentales (que representan a la sociedad civil) asumir una campaña para establecer que la UNESCO –organismo internacional de cultura y educación- reconozcan en dichos sitios –con estas expresiones de arte rupestre de incalculable valor- ser declaradas como uno de los lugares de “PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD” por su excepcional representación de carácter universal afirmando el valor artístico y estético de los petroglifos, como su valor arqueológico y antropológico, su antigüedad histórica y la representación simbólica de una cosmovisión del universo y del entorno plasmada hace más de 3.000 años atrás por nuestra poblaciones originarias del Maule; siendo una expresión fundamental de nuestros orígenes respondiendo a la búsqueda –permanente- de nuestras verdaderas y ancestrales raíces Maulinas en nuestro territorio local cercano y desconocido a la vez.



